



MAREA DE SANGRE

clark carrados

AGORA
XIX

MAREA DE SANGRE

CLAK CARRADOS

MAREA DE SANGRE

**1.ª EDICIÓN
ENERO - 1963**



**EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
PARCELONA - BUENOS AIRES - BOGOTÁ**

DEPOSITO LEGAL B 26951 - 1962

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

© CLARK CARRADOS - 1963

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1963

N. R. 5051/62

Todos los personajes y entidades privados que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:

725 — La mina fantasma. 738 — Límites de sangre. 762 — La carta del muerto.

En Colección SERVICIO SECRETO:

636, — Duelo de cerebros. 642 — a tu salud, asesino. 645 — El diamante rojo.

En Colección BUFALO:

382 — Círculo de odio. 396 — El tren de las 7²⁰.
438 — El capitán fracaso.

En Colección CONGO:

6 — Sahara en rojo.

En Colección SALVAJE TEXAS:

297 — El juez Damas. 307 — La vuelta del yanqui. 336 — Entiérrame hondo.

En Colección CALIFORNIA:

240 — Doble rescate. 294 — Comerciantes en balas. 302 — Encaje de revólveres.

En Colección COLORADO:

83 — Cita en el desierto. 106 — ¡Bandidos! 228 — Seis al infierno.

En Colección KANSAS:

204 — La hija del *sheriff*. 214 — Fantasmas en la ciudad. 221 — La séptima estrella.

En Colección PUNTO ROJO:

21 — Motín. 32 — La muerte anuncia su visita.
37 — Un doble para la horca.

En Colección BRAVO OESTE:

82 — Savia roja. 98 Alias "El Perezoso".



CAPÍTULO I

La playa apenas si merecía el nombre. Había más rocas que arena y a pocos metros del borde del agua, la tierra se elevaba hacia lo alto en unos abruptos acantilados rocosos de muy difícil ascensión.

Los cantiles estaban llenos de agujeros de todos los tamaños, desde los que hubieran podido contener a una docena de personas, hasta los que apenas si tenían el espacio suficiente para dar cabida a una gaviota.

La playa formaba como una especie de media luna de unos treinta metros de diámetro, cerrada en sus extremos por unos promontorios rocosos de buena altura, contra los cuales batían las olas incesantemente, deshaciéndose en nubes de espuma gris blancuzca, apenas visible en la oscuridad de la noche.

En lo alto de los farallones brilló de repente una luz. Parecía un ojo parpadeando en la oscuridad, a causa de las gotitas de agua que caían sin cesar de unas nubes bajas y tenebrosas que corrían velozmente, dejándose jirones de vapor entre las rocas. El rumor del oleaje sonaba con tétricos acentos.

A cien metros de la pequeña rada, una embarcación se balanceaba en las revueltas aguas. Al avistar la luz, el patrón dio marcha adelante.

El motor impulsó a la canoa, haciéndola saltar como un caballo enfurecido por encima de las olas. La mano firme del patrón sujetó el timón, manteniéndolo recto por el buen camino. El bramido de las olas se acentuó.

Una racha de agua dio de lleno en la encristalada cabina de la motora. El piloto puso en marcha el limpiavidrios, a la vez que

mascullaba una imprecación.

Lenta pero seguramente, la embarcación ganó espacio. Pronto estuvo a la altura de la rocosa playa.

En la proa, un hombre con un cabo se dispuso a saltar. Cuando la proa tocó la arena, con un crujido característico, el individuo dio un salto y cayó en la tierra. Inmediatamente, rodeó con la sog a un saliente rocoso que había en aquel lugar.

Dos hombres salieron de la cabina. Uno de ellos era el patrón.

—Bueno, míster. Ya hemos llegado. Ahora, pague.

El individuo sacó un fajo de billetes y se lo entregó al patrón en silencio. Este añadió:

—A la derecha verá un sendero que sube a lo alto de los acantilados. Arriba hay un hombre que le espera. Él se encargará del resto.

—Gracias —contestó el otro con tono neutral.

Saltó a tierra. En aquel momento, en la base del acantilado, se encendió una potente linterna a la vez que sonaba una voz conminatoria:

—¡Quietos todos! ¡Dense presos en nombre de la ley!

Sonó una maldición. La linterna se movió. Era evidente que el hombre avanzaba hacia la orilla.

—A tierra todos —ordenó perentoriamente—. Salten o dispararé en el acto.

Hubo una pausa durante la cual se oyó súbitamente el bronco batir del oleaje. De pronto, una lengua de fuego partió de la motora.

La linterna saltó en mil pedazos. Un chorro de llamas brotó de la casilla del motor, junto con el tableteo de una pistola ametralladora.

Se oyó un grito de agonía. El patrón lanzó una orden:

—¡Basta!

Con gran agilidad, el piloto saltó a tierra. Conocía la playa como la palma de su mano y, ademán, tenía una vista de gato. No tardó en descubrir una forma inmóvil, tendida en el suelo, convertida en un ovillo.

El patrón se arrodilló junto al caído. Le tomó el pulso. El primer marinero, el que había amarrado el cabo, le miró inquisitivamente.

—Está vivo todavía —dijo el patrón.

—Esto lo arreglo yo enseguida —masculló el marinero.

Buscó entre sus ropas y extrajo algo que emitió un débil destello metálico. Un segundo más tarde, se escuchó un crispante sonido, parecido al de una pieza de seda al rasgarse.

Las piernas del herido se agitaron brevemente. Luego volvieron a la inmovilidad.

—¿Qué haremos con el “fiambre”, patrón?

—Busca una piedra gruesa. Lo llevaremos en la motora y lo arrojaremos al mar.

—De acuerdo.

Fríamente, sin que le remordiera la conciencia lo más mínimo, el patrón de la motora volvió junto al individuo.

—El sendero está despejado.

—¿Habrán oído los disparos? —preguntó el hombre aprensivamente.

Sonó una risita sarcástica.

—Con esta noche, los vecinos de Wallyhead están todos encerrados en sus casas, al amor de la lumbre. Vaya tranquilo, míster, y no se preocupe de más. Arriba le esperan. El hombre que está al final del sendero, le llevará a buen puerto. Adiós y suerte.

—Adiós —contestó el hombre secamente, comenzando la ascensión en el acto.

A continuación, el patrón volvió junto a la lancha.

—Todo listo —dijo alguien desde arriba.

—Muy bien —contestó el patrón, saltando a la proa—. Larga amarras, chico.

El patrón se situó en la cabina. A su lado había un individuo armado con un fusil ametrallador.

—El tipo ese me pegó un susto —dijo.

—Ahora se lo pegará a los peces —rio el patrón estruendosamente. Dio ignición y puso la manivela en “atrás poca”.

El motor roncó. La motora retrocedió, agitada por las olas. A unos pasos de la orilla, el patrón cambió el sentido de la marcha, a la vez que metía toda la caña a estribor. Dio gas y la motora surcó las olas con potencia.

Unos minutos después, el patrón cortaba el gas, situando a la motora proa al viento.

—Vamos, larguen el paquete al agua.

Se oyó un siniestro chapoteo. A continuación, alguien lanzó una sarcástica carcajada.

—Y ahora, vámonos a ver a la linda Sabine Mac Clure. Tengo ganas de tomarme un buen ponche.

CAPÍTULO II

El superintendente Charles Hamilsham del M. I. 51, contempló sombríamente el cuerpo que yacía sobre las losas de mármol del depósito de cadáveres, mientras que el empleado mantenía en alto la sábana que lo había cubierto hasta entonces.

Hamilsham estuvo así durante unos minutos. Luego movió la mano y el empleado cubrió de nuevo el cadáver.

El médico estaba al lado.

—Envíeme el informe forense cuanto antes, doctor.

—De acuerdo, perfectamente.

Hamilsham salió de la *morgue* y se encaminó a su oficina. Una ordenanza le sirvió una taza de té.

—Hace un tiempo pésimo, sir —dijo la sargento de oficinas Mildred Conniston.

—Sí —contestó el superintendente distraídamente, contemplando la cortina de agua de lluvia que empañaba la visión.

Tomó el té en silencio. Su mente estaba ocupada por muchas cosas, todas ellas relacionadas con el cada ver que había visto en la *morgue* con cuatro agujeros de bala en el cuerpo y la garganta seccionada de oreja a oreja.

El informe médico no se hizo esperar mucho. Hamilsham lo leyó atentamente. Al terminar, tocó el timbre.

—¿Señor? —dijo la ordenanza.

—Sargento Conniston, hágame el favor de llamar al agente Darryl.

—Al momento, señor.

Unos minutos después entraba en el despacho un joven recio, membrudo, de buena planta física, cabellos claros y ojos azules, con la mandíbula cuadrada de un luchador.

—A sus órdenes, señor —dijo el detective inspector Grant Darryl.

—Siéntese —dijo el superintendente—. Voy a encomendarle una misión.

—Sí, señor.

—En primer lugar, escuchará usted un informe médico. “El cuerpo presenta cuatro heridas de bala en tórax y vientre, todas ellas mortales, aunque no hubieran de producir la muerte necesariamente en el acto. El sujeto fue rematado por medio de un arma cortante, probablemente un cuchillo de marinero muy afilado. Esta herida le secciona la tráquea y la yugular y...”

Hamilsham levantó la vista del documento.

—No es necesario que siga, Darryl. El informe se refiere al detective

inspector Patrick Byne.

—¡Patrick Byne! —exclamó Darryl, atónito.

—Así es, Darryl. Siento tener que darle esta noticia, pero no me queda otro remedio. De nada serviría ocultárselo. Tarde o temprano, lo averiguaría usted, ¿no es así?

Darryl se cubrió los ojos con la mano, a la vez que se reclinaba en el sillón durante unos momentos. Byne había sido uno de sus mejores amigos y la noticia de su muerte le había producido el efecto de un mazazo asestado en pleno cráneo.

El superintendente tocó el timbre. Mildred Conniston se hizo visible de nuevo.

Sírvele una taza de té al inspector Darryl, sargento.

—Sí, señor.

Darryl se repuso a los pocos momentos.

—Lo siento, señor —murmuró.

Hamilsham agitó una mano.

—No se preocupe. Era lógico después de lo ocurrido.

—Pero, ¿cómo...?

El superintendente adelantó el busto.

—Escuche, Darryl, usted va a proseguir la misión que la muerte no dejó concluir a su amigo. Tiene que encontrar a sus asesinos y... Pero mejor será que oiga todo desde el principio.

—Sí, señor.

Hamilsham estuvo hablando durante largo rato. Al finalizar, abrió el cajón de su mesa y extrajo un mapa que desdobló.

—Vea, Darryl. Este es el plano de Wallyhead y sus inmediaciones. Wallyhead es un pueblecito costero, cuyos habitantes se dedican principalmente a la pesca... y al contrabando.

“Si solo fuera al contrabando, nosotros no tendríamos que decir nada; eso es cuestión de la Guardia Costera. Pero en los últimos tiempos se ha organizado una banda que se encarga de introducir agentes enemigos entre nosotros.

“Byne había adelantado mucho en sus investigaciones. Sabía que los agentes eran traídos subrepticamente desde el otro lado del Canal por los contrabandistas. Para estos es más lucrativo “importar” un hombre que no una docena de barricas de buen coñac francés. Más arriesgado si se quiere pero menos trabajoso —Hamilsham rio sin ganas—. El hombre se mueve por sí mismo... y, además, paga en buenas libras esterlinas y luego no deja rastro.

El superintendente hizo un alto en su parlamento para encender un cigarrillo. Darryl encendió el suyo.

—Bueno, esto es, someramente, lo que sucede. Ya le he dado antes más detalles, Darryl. Los últimos informes de Byne señalaban que los contrabandistas componen una banda sin escrúpulos —esto ya lo

hemos podido apreciar—, a cuyo jefe no se ha podido descubrir todavía. Este es a quién debemos atrapar para enviarlo a Pentonville. Allí le pondrán una linda corbata de cáñamo, cuyo importe será sufragado generosamente por el Gobierno de Su Majestad.

Darryl exhaló el humo. El superintendente continuó:

—Las informaciones de Byne señalaban que hay dos puntos en Wallyhead donde puede encontrarse el jefe de la banda. Uno es la posada “El Pez de Plata”. El otro es “Glenarvan House”. Como tercer lugar posible pero con menos trazas de verosimilitud, señalaba la tabaquería local.

Hamilsham añadió algunos datos más acerca de los lugares señalados.

—Es una lástima —añadió— que Byne fuera demasiado reservado en algunas cosas. Tenía la intención, por lo visto, de dar un golpe de efecto, pero se confió demasiado. Esos hombres son muy astutos y terriblemente despiadados. Usted tiene que ser más astuto y más despiadado que ellos... o de lo contrario se encontrará con cuatro balas en el cuerpo y la yugular seccionada, como nuestro agente.

—Sí, señor.

—Los contrabandistas cometieron un error. Sujetaron el cadáver de Byne a una piedra y lo ataron con una cuerda ya pasada. La cuerda se pudrió antes de tiempo y por eso el cuerpo ascendió a la superficie antes de lo que esperaban. Todas las balas le atravesaron el cuerpo menos una. Si encuentra la metralleta que disparó, tendremos la prueba suficiente para enviar a su dueño a la horca por homicidio en primer grado y traición a la Corona.

—Lo intentaré, señor.

—Tropezará con muchas dificultades. Wallyhead es un pueblo cerrado, hermético, donde los habitantes son muy poco comunicativos... como buenos contrabandistas. Si sospechan que usted es un agente del M. I. 5... bien, no es necesario que le diga lo que puede sucederle. ¿Qué es lo que piensa hacer usted, Darryl?

El joven meditó durante unos segundos. Al fin, explicó su plan.

Hamilsham escuchó en silencio. Al cabo de unos minutos, dijo:

—Es una buena idea. Puede servir, pero, sobre todo, tenga bien abiertos los ojos, Darryl. Me gustaría volverle a ver de nuevo en este despacho —el superintendente se estremeció—. No en la *morgue*, por Dios.

—Procuraré hacerlo, señor —contestó Darryl, esbozando una sonrisa.

Al salir del despacho se tropezó con la sargento Mildred una robusta mujer de ojos vacunos, que apreciaba mucho a todo el personal de la oficina.

—El viejo le ha dado el encargo del pobre Byne, ¿no es eso?

Darryl asintió en silencio. Los ojos de la sargento se humedecieron.

—Tenga mucho cuidado, señor —dijo—. Son gente muy mala.

—Gracias, sargento —sonrió el joven, conmovido ante el interés maternal que demostraba la buena mujer.

CAPÍTULO III

Sybil Glenarvan gustaba de recibir en pleno rostro el aire y el agua del mar. Con mucha frecuencia se encaminaba al borde del acantilado, donde permanecía largas horas contemplando el panorama sumida en hondas meditaciones, inmóvil como una estatua, dejándose azotar por el viento y recibiendo en sus oídos el monorrítmico bramar del oleaje.

El día era gris, plomizo. Caían algunas gotas de lluvia, impulsadas con fuerza por un viento frescachón, que arrastraba las nubes velozmente, a escasa altura de los acantilados. Abajo, en la playa, el mar se deshacía continuamente contra las rocas.

Sybil llegó al borde de los acantilados. Inspiró con fuerza. El aire, fresco, salino, con olor a yodo, invadió sus pulmones. Hizo varias inspiraciones, sin importarle las chispitas de agua que salpicaban su rostro. Los cabellos le ondearon al viento como una bandera de color rojo oscuro, en tanto que el impermeable se ceñía a su cuerpo con cierta presión.

Paseó la mirada en derredor suyo. Aquel familiar paisaje...

De pronto, su cuerpo se estremeció fuertemente. Sus ojos se dilataron.

Al pie de los cantiles, sobre la arena, yacía el cuerpo de un hombre. El agua le mojaba los pies de cuando en cuando. Un poco más allá, entre dos rocas, se veían los restos de una embarcación.

Sybil no se detuvo a pensar mucho. Buscó el sendero que conducía a la playa y emprendió el descenso. Momentos después se arrodillaba al lado del individuo tendido en el suelo.

Este vestía un grueso jersey oscuro, pantalones de sarga azul marino y botas fuertes. A pocos pasos de distancia se veía un gorro de punto negro, rematado por una borla del mismo color.

La joven volvió el cuerpo del hombre boca arriba. Le puso la mano sobre el pecho, comprobando que el corazón le latía aún. Se dio cuenta de que el naufrago —así lo indicaban los restos del bote, que eran metódicamente destrozados por las olas—, solo sufría los efectos de un fuerte golpe en la cabeza. Pero estaba empapado de agua y si no se le atendía pronto, podía enfermar gravemente.

Varias horas más tarde, Grant Darryl abrió los ojos.

El joven paseó su mirada por la habitación en que se hallaba. Dióse cuenta de que alguien le había desnudado y metido luego en una cama cálida y abrigada, de blandos colchones. El lecho era muy antiguo y tenía un dosel de pesados paños de terciopelo, sostenido por cuatro columnas de estilo salomónico.

En uno de los ángulos de la habitación había una gran chimenea, en la cual ardía un alegre fuego. El resto del decorado estaba a tono con la estancia, cuyas paredes se adivinaban de gruesa y sólida piedra. Una ventana estaba cubierta con espesos cortinajes del mismo tejido que los del dosel y, de vez en cuando, la lluvia y el viento golpeaban con fuerza contra los vidrios, haciéndolos rechinar con tétricos crujidos.

La puerta de la estancia se abrió de pronto y una persona penetró por el umbral de la misma. Era una joven de unos veinticinco o veintiséis años, vestida con un “pullover” azul oscuro y pantalones de pana negra. Su pelo, de color oscuro, flotaba en largas ondas por encima de sus hombros y sus ojos verdes refulgían en la penumbra del dormitorio como los de un gran gato. Era esbelta, de formas suaves pero compactas, y su estatura rebasaba ligeramente lo normal en una mujer, pese a ir calzada con unos simples mocasines de blanda piel negra. En las manos llevaba una bandeja con un tazón humeante.

—Celebro verle mejor —dijo con voz suave, de cálidos acentos.

—Gracias —contestó él, tratando de incorporarse en el lecho—. Me llamo Grant Darryl.

—Sybil Glenarvan —contestó ella—. Celebro mucho conocerle, señor Darryl. Y, por supuesto, mucho más haberle salvado de un grave riesgo.

Darryl tomó el tazón que ella le ofrecía y que contenía un *grog* caliente, a base de ron, agua, un poco de azúcar y una rodaja de limón.

—Mi bote se estrelló contra las rocas —manifestó Grant, tras tomar algunos sorbos de la bebida—. Yo fui lanzado a la orilla, pero mi cabeza debió de chocar contra alguna piedra. Perdí el conocimiento... y lo he recobrado aquí —sonrió—. En presencia de una dama encantadora.

Ella acogió el cumplido con una débil sonrisa.

—Nunca podré agradecerle lo suficiente lo que ha hecho por mí, señorita Glenarvan.

—Era mi deber —respondió la muchacha apaciblemente. Tomó el tazón que el joven le devolvía—. Es de noche. Le conviene descansar. Sus ropas están secándose. Mañana se las devolveremos.

—Gracias otra vez, señorita Glenarvan —contestó el joven, siguiéndola con la vista mientras se alejaba.

El *grog* le infundió un agradable calorcillo en las venas. Se tendió de nuevo en el lecho, dominando sus deseos de encender un cigarrillo. No, no podía demostrar que estaba más sano que una pera, a pesar de la mojadura y del supuesto golpe en la cabeza. Pero... ¡aquella tediosa espera en la playa! Hubo momentos en que los nervios se le habían crispado y a punto estuvo de traicionarse a sí mismo. Pero, al fin, la espera había tenido su recompensa. Los informes de Byne sobre los pasos de Sybil Glenarvan habían surtido sus efectos.

—De momento —se dijo—, ya estoy en uno de los cubiles. Después,

exploraremos los dos restantes —y sonrió divertido al recordar los hachazos que había asestado en la madera del bote para ayudar a las olas a destrozarlo cuanto antes.

Cuando despertó a la mañana siguiente, se encontró todas sus ropas, limpias y planchadas, gorro incluido, al pie de la cama. Vistióse y pasó a un cuarto de baño adjunto donde efectuó un somero aseo. Luego salió a un gran corredor, con suelo de madera encerada y techo de vigas de roble.

Una persona le salió al paso. Era una mujer, menuda y vivaracha, de unos cincuenta años, aspecto simpático y ojos tan brillantes como dos bolitas de acero.

—Soy la señora Penderful —dijo—, el ama de llaves de *Glenarvan House*. ¿Cómo se encuentra usted, señor Darryl?

—Magníficamente, muchas gracias, señora Penderful —contestó el joven con toda cortesía.

—Baje, baje al comedor —dijo el ama de llaves—. Dentro de unos minutos serviremos el desayuno —meneó la cabeza—. Ha sido una suerte para usted que la señorita se diese un paseo hasta Grover Bay. De lo contrario, al subir la marea, las aguas le hubieran arrastrado hasta el fondo del mar.

—Toda mi vida la estaré agradecido —musitó el joven.

Emprendió el descenso. El comedor estaba situado al pie de la escalera y se accedía a él por medio de una puerta situada en el mismo muro.

Grant asió el pomo de la puerta, dándose cuenta de que no estaba cerrada del todo. Fue a empujarla, pero en aquel momento oyó una voz áspera, hiriente.

—¿Quién es ese huésped, Sybil?

—Grant Darryl. Lo encontré anoche...

—Eso ya lo sé —refunfuñó el hombre—. Lo que pregunto es lo que hace por estas latitudes.

—Su bote se estrelló contra las rocas. Es todo lo que puedo decirte, Ronald.

—¡Hum! —gruñó el llamado Ronald—. Debiste haberlo echado inmediatamente de la casa, Sybil.

—¿Cómo hubiera podido hacer tal cosa? —exclamó ella con vivo acento de indignación—. Estaba inconsciente, empapado de agua cuando lo encontré...

—No me gusta que admitas gente extraña en casa, Sybil —refunfuñó el hombre—. En cuanto haya desayunado, indícale discretamente que su presencia no es deseada en *Glenarvan House*.

—Está bien, Ronald —contestó la muchacha mansamente—. Así lo haré... Pero no veo los motivos...

—Los motivos los sé yo y basta —cortó Ronald con aspereza.

En aquel momento, Grant oyó un ruido. Volvió la cabeza.

La señora Penderful estaba en lo alto de la escalera, contemplándole con una sonrisa en sus delgados labios.

—Ese es el comedor, señor Darryl —dijo.

—Gracias, señora Penderful —contestó el joven. Y abrió la puerta.

Se detuvo a un paso del umbral.

—¡Oh, perdónenme! —exclamó—. Debí haber llamado.

—No se preocupe, señor Darryl —dijo la muchacha apaciblemente—. Entre usted. Le presentaré al señor Karpee.

Darryl se dio cuenta de que Sybil no añadía nada al nombre; ni profesión ni los motivos que originaban la estancia de Ronald Karpee en *Glenarvan House*. Saludó con una inclinación de cabeza.

—Encantado, señor Karpee.

El hombre sonrió. Era un tipo tremendo, hercúleo, de ojos hundidos, cejas espesísimas, hasta el punto de parecer una sola línea negra, en una frente deprimida, y pelo tan erizado como el de un gato irritado. Tenía los pómulos salientes y la nariz achatada, ofreciendo el aspecto de un boxeador retirado del oficio. Pero la agudeza de sus negras pupilas desmentía en el acto la aparente torpeza de sus facciones.

—Sybil me ha relatado las circunstancias en que lo encontró en Grover Bay, señor Darryl —contestó Karpee, estrechándole la mano con fuerza—. Celebro mucho que haya salido con bien de su aventura.

El joven hizo una mueca.

—Pasé un mal rato, créame. Pero, en fin, todo puede darse por bien empleado cuando se ha salvado la vida... y más si ese salvamento se debe a una joven tan linda como la señorita Glenarvan.

Y al decir esto miró rectamente a la muchacha, observando con secreta complacencia el ligero rubor que había aparecido de pronto en sus mejillas.

—El desayuno está servido —dijo de pronto una voz.

Grant se volvió. Una doncella, vestida de negro, con cofia, cuello y puños blancos, esperaba de pie al lado de la mesa. Era una muchacha joven, de mirada picara e incitante, prieta de formas y sonrisa descarada.

—Gracias, Lulú —dijo Sybil—. Puede retirarse. Yo misma serviré.

—Sí, señorita —contestó la doncella, haciendo una leve genuflexión. Se retiró con gran contoneo de caderas, lanzando al mirar una incendiaria mirada en dirección al joven. Darryl fingió no haber advertido el gesto de la explosiva doncellita.

La conversación derivó por tranquilos derroteros mientras comían. Sybil sirvió con rapidez y pericia un sólido desayuno, que puso a Darryl como nuevo.

Al terminar, el joven preguntó:

—¿Hay alguna ciudad cercana?

—Wallyhead, a tres millas hacia el oeste —respondió Karpee.

Darryl hizo una leve inclinación de cabeza.

—Muchas gracias —contestó—. Supongo que en Wallyhead habrá oficina de telégrafos. Tendré que poner un telegrama a mi socio, pidiéndole fondos para poder regresar a Londres.

—Claro que sí —dijo Karpee—. Cualquier vecino de Wallyhead le indicará en el acto dónde está la oficina de telégrafos —y, con una sonrisa, añadió—: Wallyhead es muy pequeño. Resulta imposible perderse en él.

—Gracias, muy amable, señor Karpee.

Darryl terminó de desayunar. Se puso en pie y recogió su gorro de punto.

—Señorita Glenarvan, vuelvo a reiterarle las gracias una vez más. Me gustaría poder corresponderle en algo para demostrarle mi agradecimiento con algo más que con simples palabras.

—Con verle restablecido, tengo más que suficiente, señor Darryl —contestó ella.

Minutos después, Grant Darryl abandonaba “Glenarvan House”.

El edificio se alzaba solitario en lo alto de una colina cubierta de hierba corta y rala, azotado por todos los vientos y a unos doscientos metros del acantilado.

En una milla a la redonda, no se veía un solo árbol; solo un páramo desolado y desierto, con abundantes zonas pedregosas y en el cual la única nota de color era un camino de amplias curvas que conducía a Wallyhead.

El viento soplaba con fuerza y traía en sus ráfagas minúsculas gotas de agua de mar. En lo alto, un pálido rayo de sol forcejeaba por abrirse paso entre un banco de nubes oscuras y amenazadoras. Del otro lado del acantilado llegaba el rumor del oleaje, bronco y monótono. El conjunto del panorama era lóbrego y deprimente.

Darryl se estremeció. Calóse hasta las orejas el gorro de lana, se subió el cuello del *sweater* y, metiéndose las manos en los bolsillos, echó a andar en dirección a Wallyhead.

El primer paso estaba dado.

CAPÍTULO IV

Un vecino, no tan oficioso como Ronald Karpee había indicado, sino más bien hosco y receloso, le indicó el emplazamiento de la oficina de telégrafos. Al dirigirse hacia la misma, Grant divisó un poste de hierro saliente del que pendía un pez del mismo metal, con vagos restos de la primitiva pintura de plata. En el pez estaba grabado el nombre de la posada.

Grant pasó de largo. Entró en la oficina de telégrafos y puso un telegrama a un tal Barton Rupert, en Londres.

—A pagar en destino —indicó.

Aparentemente, el telegrama era una petición de dinero. En realidad, su texto auténtico era el siguiente: “Llegado sin novedad. Tomado contacto con primer sospechoso. Continúo investigación”; y, naturalmente, el tal Barton Rupert no era otro que el superintendente Hamilsham.

De la oficina de telégrafos se encaminó a la posada. Era temprano y la taberna adjunta a la misma estaba desierta por completo.

Grant examinó el panorama. Era el típico de toda taberna inglesa: varias mesas, sillas, un mostrador de madera, una gran estufa de hierro en el centro y en una de las paredes un disco con círculos de colores para lanzar los dardos.

El joven se fue hacia aquella pared y tomó media docena de dardos. Retrocedió unos cuantos pasos y empezó a lanzarlos. Los dardos se clavaban con secos golpes en el blanco.

Una puerta se abrió. Sonó una voz.

—Buenos días, señor.

Grant lanzó el último dardo. Se dirigió al mostrador, enseñando los dientes en una deslumbrante sonrisa.

—Buenos días, señora. Deseo una habitación en la posada. ¿Puede proporcionármela?

La mujer le miró. Era joven, de cabellos muy rubios y ojos azules, fríos como el hielo. Su rostro era hermoso pero de facciones un tanto bastas. Estaba dotada de amplias curvas, sobre todo en la parte alta del cuerpo, cosa que ella se cuidaba de hacer resaltar por medio de un generoso escote. Le sonrió.

—Señorita —dijo—. Sabine Mac Clure.

—Encantado —contestó Grant. Dio su nombre—. Naufragué anoche en Grover Bay y estoy vivo gracias a la señorita Glenarvan. Pero mi cartera y efectos se fueron al diablo con el bote, el cual quedó destrozado contrallas rocas. Y ¿qué hay de esa habitación?

Sabine vaciló.

—La regla es que se abone una semana por anticipado, señor Darryl.

—Escuche, hace un instante he puesto un telegrama a Londres. Allí tengo un amigo, el cual me enviará mañana el dinero. Le abonaré entonces el gasto. No puedo hacer otra cosa —sonrió—. Bien, si no puede ser, al menos déjeme estar aquí a cubierto hasta que cierren por la noche. Luego me iré a dormir al raso.

Sabine sonrió. Iba a contestar cuando, de pronto, se abrió la puertecita que había tras el mostrador y salió un hombre malencarado, con barba de seis o siete días y aspecto receloso.

—¿Quién es ese tipo? —gruñó.

—El señor Darryl, Duncan —Sabine explicó las circunstancias del joven y luego se volvió hacia este—: Mi hermano Duncan —le presentó.

Grant saludó cortésmente. Duncan Mac Clure refunfuñó algo acerca del reglamento de huéspedes.

—Bien —dijo—. Lo siento, pero no puedo hacer otra cosa. Les ruego disculpen la molestia. Trataré de pasar lo mejor que pueda estas veinticuatro horas hasta que me llegue el dinero desde Londres.

—Aguarda un momento —refunfuñó Duncan Mac Clure—. ¿Dónde dijo que naufragó?

—En Grover Bay. Bueno, yo no sabía que se llamaba así ese lugar hasta que se lo oí decir a la señorita Glenarvan. Pero todavía deben quedar algunos restos de mi bote por aquellas rocas.

—Bueno —resolvió el hermano de la superabundante Sabine—, mi hermana se ocupará de darle una habitación —salió del mostrador—. Yo tengo que hacer. Encantado de haberle conocido, señor Darryl.

—Digo lo mismo, señor Mac Clure.

Grant estuvo mirando hacia la puerta hasta que el hermano de la joven hubo salido. Luego volvió la vista hacia esta.

—¿Podría incluir en la cuenta del hospedaje una copa de buen coñac francés?

—Claro —sonrió Sabine. Se la sirvió y Grant la paladeó con aire de experto.

—Buen coñac —decretó al cabo—. ¿Dónde está mi habitación?

El mostrador de la taberna era también recepción. Sabine descolgó una llave y dijo:

—Sígame, señor Darryl.

El joven la siguió, admirando en silencio el fascinante panorama de unas amplias caderas que se movían cadenciosamente a cada paso que daba su propietaria. Sabine tomó una escalera que había inmediatamente tras la puerta del mostrador y subió al piso superior, seguida por el joven.

Sabine abrió una puerta y penetró a través del umbral. Grant entró detrás de ella y examinó con aire crítico la estancia.

—Excelente —aprobó—. Sus clientes deben marcharse muy contentos con las comodidades de la posada.

—Hasta ahora, que yo sepa, no se han quejado —contestó ella.

Sabine se hallaba frente a Grant, con las manos a la espalda, los pies juntos y la rodilla izquierda ligeramente flexionaba, mirándole a través de los párpados un tanto entornados.

—Eso redundo siempre en el prestigio del establecimiento —comentó el joven—. Por favor, ¿tienen cigarrillos?

—Sí, abajo. En el mostrador.

—¿Me subirá un paquete y cerillas?

—Claro.

Sabine no daba sensación de querer moverse de allí. Grant la miró de lado.

—Usted quiere preguntarme algo, señorita Mac Clure.

—Todo el que me conoce, me llama Sabine, señor Darryl —contestó.

—Muy bien. ¿Qué es lo que quiere de mí?

Ella sonrió levemente. Respiró con fuerza, haciendo resaltar las pomposas turgencias del busto.

—Las mujeres tenemos fama de indiscretas —dijo—. Me gustaría saber con más detalles lo que le sucedió.

Grant hizo un gesto ambiguo.

—Bien, iba en mi bote y las olas...

—Eso ya lo ha dicho antes —le atajó ella, sin variar de postura.

—Usted quiere saber lo que pasó antes del naufragio.

—Sí.

—Bueno, Sabine, acaba de declararme que es indiscreta. Si se lo dijera, tal vez la policía local...

La joven sonrió con desdén.

—La policía local se reduce a un hombre, el viejo Angus Mac Durr, cuya única labor consiste en vigilar que la taberna deje de expender bebidas a las diez de la noche. Puede hablar con toda tranquilidad, señor Darryl.

—Está bien —sonrió el joven—. Era marinero a bordo del “Packham”, un pequeño barquichuelo que hace la travesía del Canal, pero principalmente a los puertos holandeses. Un amigo me recomendó esta zona como muy propicia y... por la noche largué un bote y me vine hacia acá. Lo malo es que llegué a tropicones y perdí el motivo de mi viaje.

—¿Qué era ese motivo, Darryl?

—Me gustaría confiar en su discreción, Sabine —se quejó él.

—Cuenta con ella, señor Darryl. Soy terriblemente curiosa, pero

también sé, cuando conviene, mantener la boca cerrada.

—Bueno, viniendo de Ámsterdam y no queriendo pasar por puerto, ya puede figurarse lo que traía encima.

Ella asintió, sonriendo.

—¿Y lo perdió?

—Sí. La correa se me desgarró en una roca y la bolsita con los pedruscos se fue al diablo —Darryl hizo un gesto de disgusto—. ¡Un viaje perdido... y lo peor es que ya no puedo volver a enrolarme en el “Packham!”

—¿Qué hará ahora, pues?

Darryl levantó los hombros.

—Lo discutiré con mi amigo, de Londres.

—Eso significa que, por el momento, se ha quedado sin trabajo.

—Ni más ni menos, Satine.

Ella hizo un gesto de aprobación. Sonrió, a la vez que se dirigía hacia la puerta.

—Gracias por haber satisfecho mi curiosidad.

—Oiga —exclamó el joven, fingiendo alarma—, no se le ocurrirá satisfacer la de los demás, ¿eh?

—¿Quién se ha creído que soy yo, señor Darryl? —respondió la joven. Y quiso cruzar la puerta, pero Grant se apoyó en una de las jambas, cerrándole el paso.

Sabine le miró inquisitivamente.

—¿Puedo hacerle una pregunta? —dijo Grant.

—Claro.

—¿Qué hacen los mozos de Wallyhead que permiten que una chica tan estupenda como usted continúe soltera?

Ella sonrió ambiguamente.

—¿Por qué no va y se lo pregunta a ellos?

—Prefiero preguntárselo a usted, hermosa Sabine —y, de pronto, sin previo aviso, Grant disparó las manos y atenazó el talle de la joven, atrayéndola con fuerza hacia sí. Luego aplastó con los suyos aquellos carnosos labios que se le ofrecían de modo tan tentador.

Sabine permaneció inmóvil unos instantes. Luego se separó y levantó la mano, a la vez que sonreía con suavidad.

—¡Insolente!

Y salió.

Al quedarse solo, Darryl sonrió también. La bofetada había sido una caricia y la palabra “insolente” significaba una cosa muy distinta. Significaba, sencillamente: “Ese beso me ha gustado mucho”.

CAPÍTULO V

A media tarde, Grant recibió una visita. Era Angus Mac Durr, el policía local, un viejo de sesenta años, cubierto con una sobada gorra de plato, azul, y con una simple placa en el lado izquierdo de su grasienta chaqueta. Después de presentarse, dijo:

—Hasta mis oídos ha llegado la noticia de su accidente, míster Darryl. Tengo que formular un atestado, comprenderá, y por eso he venido a interrogarle.

—Oh, nada de eso, oficial —dijo el joven, con acento persuasivo—. Ha sido un accidente sin importancia. Total, solo un pequeño bote destrozado contra las rocas de Grover Bay. No ha habido víctimas ni otros daños, conque ¿para qué molestarse en emborronar papel? Además, el bote ni siquiera estaba asegurado, de modo que no voy a sacar ningún dinero por la pérdida. Oiga, oficial, ¿por qué no nos vamos abajo a tomarnos una buena copa? Vamos, le invito yo.

La proposición fue acogida entusiásticamente por Angus Mac Durr. El policía guardó el bloc y el lápiz que había sacado para hacer anotaciones y se dejó llevar por el joven a la taberna.

Esta se hallaba ya bastante concurrida. Había cuatro o cinco mesas ocupadas por tipos, todos con aspecto de pescadores, y un grupo de ellos se disputaban el gasto de la cerveza a los dardos. El ambiente estaba cargado de humo.

Sabine no estaba en el mostrador; era Duncan el que atendía a la clientela, y al llegar el joven con el policía, lo vio hablando con un individuo de cara de rata y ojos legañosos, cuyo aspecto se le hizo sospechoso de inmediato.

—Sírvanos dos copas, señor Mac Clure —ordenó el joven.

Duncan le miró hostilmente.

—¿Con qué dinero piensa pagar el gasto? —dijo.

—Bueno, añádalo a la cuenta del hospedaje. Su hermana hizo lo mismo esta mañana —contestó Grant impávidamente.

Duncan refunfuñó algo entre dientes acerca de la frescura de algunos individuos, pero acabó sirviendo las dos copas. Grant chocó la suya con la del policía local y durante un rato estuvo hablando de cosas banales con el mismo.

Diez minutos después, Mac Durr se despidió. Entonces, Duncan se encaró con el joven.

—Escuche, señor Darryl, en Wallyhead no estamos habituados a qué nos tomen el pelo. Por su propio bien, espero qué mañana le llegue ese dinero. De lo contrario...

—Tendría que dormir al raso, ¿no es cierto?

Duncan apretó los dientes.

—Supongámoslo.

—Bien, deme veinticuatro horas de plazo. No puedo hacer más, amigo. Ah, y a propósito, ¿dónde está, la oficina de correos? —Metió la mano en el bolsillo y sacó una moneda—. Por casualidad encontré estos diez chelines en el bolsillo. Voy a echar un par de postales de Wallyhead a unos amigos.

—El tabaquero se encarga también del correo —refunfuñó Duncan—. Su tienda está en la misma calle, media docena de casas más abajo.

—Gracias, amigo Mac Clure —contestó el joven, con una brillante sonrisa.

Y salió de la taberna.

En la puerta se detuvo a encender un cigarrillo. Disimuladamente, miró hacia el interior de la taberna. Duncan hacia en aquel momento una seña con la cabeza a “Cara de Rata”. Grant sopló la llama y siguió su camino, metiendo la barbilla en el pecho para hurtar el rostro a las rachas de viento aguanoso que venían directamente del mar.

Encontró la tabaquería un poco más adelante. Era ya de noche —el invierno se acercaba y los días eran cada vez más cortos— y el suelo de grandes losas brillaba con la humedad. Al abrir la puerta de la tabaquería, volvió rápidamente la cabeza. “Cara de Rata” se escondió con no menor rapidez en un portal cercano.

Grant sonrió. Lo había esperado. Hubiera quedado muy defraudado de no resultar de aquella forma.

Entró en la tabaquería. Compró un par de postales y puso en ellas unas señas imaginarias. Luego, las echó en un buzón que había sobre el mismo mostrador. Pagó el gasto, estudiando mientras tanto al dueño de la tabaquería, un individuo de unos cuarenta años, de regular complexión y que usaba gruesos lentes con armadura de concha.

—Usted es forastero —dijo el comerciante.

—Sí. Me llamo Darryl.

—Mi nombre es Wade.

—Encantado —respondió el joven. Terminó de poner la dirección en las tarjetas y las depositó en el buzón—. Buenas noches, señor Wade.

—Buenas noches, señor Darryl.

Grant salió a la calle. Tiró el cigarrillo consumido y se puso otro en la boca. Luego se palpó los bolsillos, mientras miraba discretamente a derecha e izquierda. “Cara de Rata” continuaba espíandole. Fingió no haber advertido la vigilancia.

De pronto, dio media vuelta y volvió a entrar en la tabaquería.

Lo hizo de modo brusco, inesperado. Wade tenía ya abierta la portezuela del buzón y había sacado de él toda la correspondencia depositada durante el día. Pero solo se ocupaba de las dos tarjetas

recién echadas por el joven. Tenía un lápiz y un papel y estaba tomando nota de las direcciones en Londres.

Tan absorto estaba en su tarea, que no se dio cuenta de la entrada del joven hasta que percibió su voz.

—¿Señor Wade?

El tabaquero se sobresaltó enormemente. Las gafas le bailotearon sobre el caballete de la nariz.

—¡Eh! ¡Ah...! ¿Es usted, señor... señor Darryl? ¿De... desea algo? —sus esfuerzos por meter las postales bajo el pequeño montón de cartas resultaban patéticamente ridículos en tanto que su rostro aparecía del color de la grana—. Eh... estaba reco... recogiendo la correspondencia para envi... enviarla...

—Lo supongo —contestó Darryl con acento benigno—. Por favor, olvidé los fósforos.

Wade metió la mano en un cajón. Sacó unas cuantas cajas y las dejó sobre el mostrador.

—Tome, aquí tiene usted.

—Cóbrese —dijo el joven.

Grant recogió la vuelta. Sonrió ampliamente y se volvió. “Cara de Rata” apartó inmediatamente el rostro de los cristales de la puerta. Grant continuó fingiendo ignorancia.

Salió de la tabaquería. En aquel momento se tropezó con una persona.

—¡Caramba! —exclamó una voz femenina—. Pero, ¡si es el náufrago!

Darryl respingó. Era Lulú, la pizpireta doncella de Sybil Glenarvan.

—El mismo —dijo sonriendo ampliamente—. ¿Cómo usted por aquí?

—¡La señorita me envió a poner un telegrama! —contestó la doncella.

—¿Y no tiene miedo de regresar a deshoras por aquellos páramos tan solitarios?

—Oh, no, en absoluto. Voy y vengo en el coche. Yo misma lo conduzco. ¿Quiere que le lleve a alguna parte, señor Darryl?

—De modo que sabe usted mi nombre.

—Bueno, lo oí esta mañana en “Glenarvan House” —le tendió la mano—. Bien, he de volverme. Si necesita el coche para algo...

—Gracias, pero me alojo en “El Pez de Plata” y está demasiado cerca —suspiró—. Me gustaría que estuviese a diez millas de distancia.

Lulú rio alegremente.

—También a mí. Debe de ser agradable poder charlar con usted un rato, señor Darryl.

—¿Y por qué no ahora? —sugirió él—. La taberna de la posada está caliente, hay buenas bebidas...

Lulú movió la cabeza, envuelta en la capucha del impermeable.

Tengo que regresar a “Glenarvan House”. Gracias por su invitación, señor Darryl. Otro día, quizá.

—Quizá —dijo él intencionadamente, mirándola al fondo de los ojos.

Lulú se estremeció y luego retiró la mano.

—Es usted el náufrago más encantador con quién me he topado en todos los días de mi vida.

—Eso lo dice porque soy el único náufrago a quién usted ha visto —sonrió el joven. Y Lulú rio alegremente.

Luego se separaron. Grant regresó a la taberna, simulando no advertir a “Cara de Rata” escondido en el quicio de una puerta.

Poco más tarde, cenó. Al terminar, pidió una taza de café. A pesar del azúcar, el café tenía un gusto amargo inconfundible.

“Un narcótico”, pensó el joven en el acto.

Se puso en pie y fingiendo cierta torpeza, se encaminó al piso superior. El cuarto de baño estaba situado al fondo del corredor de habitaciones y se metió en él a toda prisa.

Haciendo mil esfuerzos, devolvió la cena. La torpeza que sentía no era ya tan fingida. Pero confió en que al devolver todos los alimentos ingeridos, los efectos del narcótico se harían menos resolutivos. Además, bebió una gran cantidad de agua para diluir los restos de la droga, lo cual no le impidió llegar a trompicones a la cama.

Se dijo, sin embargo, que pese a sus esfuerzos, tendría que dormir un poco. Pudo desnudarse y arrojó las ropas de cualquier forma. Se metió en el lecho y aunque podía haberlo hecho prefirió no apagar la luz. Poco después, dormía como un tronco.

Despertó un par de horas más tarde, cuando una racha de viento particularmente violenta, golpeó los cristales de la ventana, arrojando contra los mismos una ráfaga de lluvia.

Mantuvo los ojos cerrados. No estaba solo. Había alguien en la habitación.



Emitió la señal de reconocimiento...

CAPÍTULO VI

Grant continuó la ficción de su sueño. Sabía que no iban a hacerle daño mientras durmiese, pero si se despertaba, podían rebanarle el cuello. Aquellos tipos carecían de escrúpulos.

—¿Duerme? —preguntó alguien. La voz era inconfundible; pertenecía a Ronald Karpee.

—Como un tronco —contestó Duncan Mac Clure—. Le puse narcótico suficiente para dormir a un buey.

—¿Qué opinas tú del tipo?

—Bueno, Sabine dice que es contrabandista de piedras preciosas.

—¿Y se lo ha dicho por las buenas?

Sonó una risita.

—Sabine es muy hábil interrogando a la gente. Además, el tipo es listo y sabe que no le denunciaremos. Por otra parte, ¿qué pruebas podríamos presentar contra él? Perdió las piedras y su bote se destrozó contra las rocas.

—Eso es cierto. ¿Cuándo se marcha?

—Dijo que en cuanto reciba su dinero de Londres.

—¿Comprobaste el telegrama?

—Sí. También tomé la dirección de su amigo. Luego puso un par de postales, igualmente a Londres. Wade tomó nota de las direcciones.

—Convendrá guardarlas, por si necesitamos comprobarlas. De todas formas, si se va mañana, no serán necesarias más precauciones.

—¿Cuándo envían otro “paquete”?

—Nos avisarán oportunamente. Creo que dentro de una semana, más o menos.

Duncan Mac Clure emitió un gruñido.

—Deberíamos aumentar la tarifa —dijo con tono descontento—. La última vez, mi parte se quedó muy reducida.

—Si no lo hacemos nosotros a ese precio —respondió Karpee—, corremos el riesgo de que el jefe se busque otros trabajadores más baratos.

Mac Clure continuó con sus quejas.

—Si esto sigue así, dentro de dos o tres viajes tendremos que darle dinero por el privilegio de pasar los “paquetes”. En los últimos tiempos, se ha vuelto muy avaricioso.

—Bueno, eso no es culpa mía. ¿Por qué no vas y se lo dices tú mismo?

—No, gracias —respondió Mac Clure, estremeciéndose—. Sé lo que le pasó al pobre Ray Mac Feats cuando dijo que «o aumento o soplo». Y

no tuvo ninguna de las dos cosas, sino un cuchillo entre las costillas. Además, solo usted sabe quién es.

—Lo cual significa que debes continuar como hasta ahora. ¿La canoa sigue en el mismo sitio?

—Sí. Allí no la encontrarían ni aunque estuviesen buscando diez años seguidos. Y siempre la tengo a punto.

—Eso es bueno. Bien, te dejo. Sigue vigilando a este tipo y apenas se haya largado me lo avisas.

—¿Qué dice el jefe? —preguntó Mac Clure.

—No está muy contento de la presencia de este tipo en Wallyhead. Claro que, si se pusiera tonto, acabaría como el anterior. Pero mejor será que se vaya y continúe con su contrabando de diamantes en otra parte.

—Estoy seguro que los del Yard tienen ya la mosca en la oreja. Aquel maldito entrometido...

—No hay cuerpo, no hay pruebas —sentenció Karpee.

—¿Y la señorita Sybil?

—Déjala. No te preocupes.

Mac Clure soltó un gruñido.

—Eso es fácil de decir. Pero a mí no me acaba de convencer que ella...

—¡Estúpido! ¡He dicho que la olvidas!

Mac Clure se engalló.

—¿Habla usted por sí mismo... o el jefe sostendría también sus palabras?

—¡Qué duro de mollera eres, Duncan! ¡Bueno, vámonos! ¡Apaga la luz y deja que este tipo siga durmiendo tranquilamente!

Los dos hombres se marcharon. Al quedarse sólo, Grant, todavía con la cabeza torpe y la lengua espesa, recapacitó sobre las últimas palabras escuchadas y que se referían a Sybil Glenarvan. “¡Qué duro de mollera eres, Duncan!”, había dicho Karpee. ¿Quería esto decir que el jefe de la banda era la hermosa Sybil Glenarvan? Mac Clure había contestado con un gruñido que parecía de cómplice asentimiento.

—No puede uno fiarse de las mujeres —soliloquió el joven, aspirando pensativamente el humo del cigarrillo—. La más bonita y aparentemente más decente, te resulta jefe de una banda cuya principal diversión, aparte de introducir espías enemigos en el país, es rebanar el gaznate a los agentes del M. I. 5.

Y confortado por tal razonamiento, se durmió apaciblemente poco después.

Bajó al comedor a la hora del desayuno, servido por Sabine.

—Ayer tarde no la vi a usted —manifestó el joven.

—Tuve trabajo —contestó ella, esquiva.

—Lástima. Me hubiera gustado seguir la conversación que

comenzamos por la mañana.

Sabine le miró impasible.

—Es usted un fresco —dijo.

—Bueno, es que hay momentos en que hasta el más pacato pierde la cabeza —contestó Grant, sonriendo con desfachatez.

—Sus palabras no me hacen la menor gracia —contestó ella con tono adusto.

—Lo siento —respondió él—. Oiga, Sabine. ¿Puedo yo ser indiscreto un poco?

—Según —dijo la joven cautelosamente.

—Se trata de Sybil Glenarvan.

—¿Qué quiere saber de ella?

—Lo que pueda decirme, Sabine.

La joven hizo una mueca.

—Vive en “Glenarvan House” con el ama de llaves y la doncella.

—Y el señor Karpee.

—Sí. Es su cuñado.

Grant enarcó las cejas.

—Bueno, Sybil tenía una hermana, casada con Karpee. La hermana murió y Karpee continuó viviendo en la casa —los carnosos labios de Sabine se curvaron en una mueca desdeñosa—. A costillas de Sybil, naturalmente.

—Eso significa que Sybil es rica.

Sabine soltó una risita llena de sarcasmo.

—Que se lo pregunten al carnicero y al tendero de comestibles.

—¿Trampas?

—Más que agujeros un queso de Gruyere.

—¿Y Karpee, no la ayuda monetariamente?

La joven volvió a reír con la misma desagradable estridencia.

—¿Puede un pulpo ayudar al pececillo que atrapa con sus tentáculos?

Darryl grabó la frase en su imaginación. A lo que parecía, Karpee era el pulpo y Sybil el pececillo. Pero ¿no había insinuado el individuo la noche anterior que Sybil era el jefe? ¿Cómo se compaginaban ambas opiniones?

Sonrió.

—Sabine, sus informaciones han sido muy valiosas. Mi curiosidad ha quedado ampliamente satisfecha. Y ahora, la última pregunta: ¿ha llegado algún telegrama para mí?

—No, ninguno. ¿Lo esperaba usted?

—Claro. Es la respuesta al que puse ayer pidiendo el dinero a Londres.

—Quizá llegue durante el día. Le avisaré así que suceda.

—Gracias, Sabine.

La joven se retiró. Darryl terminó de consumir el desayuno, pensando en lo que acababa de escuchar. Luego recordó una frase pronunciada por Duncan Mac Clure durante su fingido sueño, relativa a la motora. Para transportar el “paquete”, esto es, el agente enemigo, a través del canal, se necesitaba una embarcación sólida y dotada de un poderoso motor. “No la encontrarían ni aunque estuviesen buscando diez años seguidos”. ¿Dónde estaba la motora?

El día transcurrió lento, tedioso. Grant pasó la mayor parte del tiempo sentado junto a la ventana de su habitación, contemplando el escaso movimiento del pequeño puertecillo pesquero, que se divisaba claramente desde aquel lugar. El viento y la lluvia continuaban incesantes, agrisando el panorama e infundiéndole un ambiente tétrico y opresivo.

Mediada la tarde, Grant oyó sonar unos nudillos en la puerta de su cuarto.

Se puso en pie.

—Adelante —dijo.

Duncan Mac Clure penetró en la estancia. Su rostro carecía en absoluto de todo sentimiento amistoso.

—¿Y bien, señor Darryl? —dijo.

Grant enarcó las cejas.

—¿Qué es lo que quiere decirme, amigo Mac Clure? —preguntó inocentemente.

—No se haga el tonto —gruñó el posadero—. Demasiado sabe lo que quiero —extendió la mano con gesto significativo—. El importe del hospedaje. Eso es.

—Do siento —Grant hizo una mueca que quería ser una sonrisa—. No me ha llegado el dinero.

Duncan frunció el ceño.

—Escuche... —empezó a decir. Pero el joven le interrumpió de súbito.

—Espere un momento, Mac Clure. El dinero no me ha llegado, lo cual no significa que no haya de llegarme. Mi amigo tiene muchos negocios en Londres. A veces se ve obligado a ausentarse y... —metió la mano en el bolsillo y extrajo unas cuantas monedas—. Tome, ocho chelines. Es cuanto poseo. Y me parece que el hospedaje de un día no puede subir a mucho más, ¿no es así?

—Solemos cobrar tres libras a la semana —refunfuñó Mac Clure.

—¡Bien! —exclamó el joven—. Eso significa que cada día que pasa debo pagarle, aproximadamente, ocho chelines y siete peniques. Me faltan los peniques para completar el hospedaje de las últimas veinticuatro horas. ¿Va usted a echarme por tan poquita cosa, amigo Mac Clure?

—Yo no soy su amigo —masculló el posadero con gesto ceñudo—.

Además, están las copas y el tabaco...

Grant le puso la mano sobre un hombro y lo empujó persuasivamente hacia la puerta.

—Vamos, vamos, amigo Mac Clure, no sea tan roñoso y confíe en mí. Le repito que mi amigo tiene en Londres negocios muy, muy importantes y mañana mismo me enviará sin falta una buena remesa de fondos. Entonces...

Al quedarse solo, Grant se limpió el sudor de la frente con el dorso de la mano.

—¡Uf! —dijo—. Creí que no le iba a convencer nunca. ¡Qué tipo más pesado!

CAPÍTULO VII

A las doce de la noche, Grant se descolgó por la ventana de su habitación. Cayó a un patio trasero de la posada, previamente estudiado ya durante el día, sobre un montón de tierra depositada allí para alguna obra que no había tenido lugar. Él patio estaba cerrado por una tapia de escasa altura, la cual salvó el joven fácilmente.

A lo lejos se oía el rumoroso bramido de la reseca golpeando las costas. El viento aullaba lúgubrementemente, arrastrando finísimas gotas de lluvia entre sus heladas ráfagas.

Convertido en una sombra fantasmagórica, el joven se deslizó por entre las casas del pueblo, hasta alcanzar el páramo.

Habituados prontamente sus ojos a las tinieblas, no tardó en hallar la mancha clara del camino que conducía a “Glenarvan House”. Anduvo a buen paso, trotando a veces con el fin de invertir el menor tiempo posible.

Al cabo de una hora, divisó un par de luces en la oscuridad. Sacudió la cabeza. Por lo visto, había aún alguien despierto en “Glenarvan House”.

No pensaba dirigirse a la casa, pero, de súbito, se sintió curioso y desvió su ruta. Momentos después penetraba en los raquíticos jardines que rodeaban la mansión.

Pisando cuidadosamente para no hacer el menor ruido, se acercó al edificio. Una de las luces procedía de la planta baja. Pegado a las paredes, se acercó a la ventana iluminada.

Había una cortina de tules, corrida a medias. Asomó los ojos solamente, mirando al otro lado. Y lo que vio le hizo respingar.

Karpee estaba en la cocina con la doncellita. La actitud de ambos era sumamente significativa, sobre todo teniendo en cuenta el liviano atavío de noche que mal encubría las rotundas formas de Lulú. Esta parecía muy satisfecha al sentirse entre los poderosos brazos de Karpee y ronroneaba como una gata.

Grant estuvo unos momentos presenciando las efusiones amorosas de la pareja. No pudo oír nada, por más que aguzó el oído, aunque lo que pudo ver le reveló que Lulú era mujer, simplemente. Solo se preocupaba de Karpee como hombre y no como miembro integrante de una banda de contrabandistas de espías y asesinos.

Al cabo de unos minutos, Grant se separó de la ventana tan sigilosamente como había llegado. Derivo hacia su derecha y se encaminó rectamente hacia el acantilado al pie del cual había “naufragado”.

Buscó el sendero y emprendió el descenso con mil precauciones. Un paso en falso podía significar una caída desde más de cincuenta metros de altura, con las consecuencias que esto representaba. Se destrozaría contra las rocas del fondo inexorablemente.

Pero pudo llegar a la playita sin detrimento de su integridad física. El agua le salpicó en más de una ocasión, aunque no hizo el menor caso de los chorros de espuma que lanzaba el oleaje a la tierra.

Después de unos momentos de atenta observación, se acercó a la base de los acantilados. Ahora realizaba la operación inversa, esto es, trepar por aquellos muros llenos de rocas salientes, algunas de ellas afiladas como navajas de afeitar, y de anfractuosidades de todos los diámetros.

A quince metros sobre el suelo, encontró, al fin, lo que buscaba. Tratábase de una oquedad de un par de metros de anchura, por la misma altura, y cuya profundidad no había tenido tiempo de calcular la noche de su llegada.

Porque había llegado de noche a la costa, tras haber sido botada su lancha a corta distancia de la misma por un “cúter” del Servicio de Guardacostas, con el fin de reducirle los riesgos. Y en el bote había traído algunos objetos que escondió, antes de fingir más tarde el naufragio...

Uno de los objetos era un transmisor de radio. Y Grant tuvo que buscarlo a tientas en la oscuridad. Al lado del transmisor, envuelto en una lona impermeable, había otro bulto en las mismas condiciones, que contenía algunos objetos, entre ellos dos pistolas con silenciador, un cuchillo y una linternilla del grosor de un lápiz.

Encendió la linterna y la sujetó en una grieta, haciendo que el haz luminoso recayera directamente sobre el transmisor. Desenvolvió la lona y luego desplegó la antena. Acto seguido, se caló unos auriculares y sentóse en el suelo, apoyando la mano en el manipulador del morse.

Emitió la señal de reconocimiento. Sabía que todas las noches, de las doce en adelante, habría un operador a la escucha en la central de comunicaciones del M. I. 5. Él tenía una cifra asignada y la emitió varias veces.

La placa sensible de los auriculares crujió de pronto. El operador había captado su llamada.

SEÑAL RECIBIDA. ADELANTE —le dijeron.

La mano de Darryl se movió con frenética rapidez, manipulando el pulsador de la emisora. Transmitió durante unos quince minutos, al cabo de cuyo tiempo suspendió la emisión para recibir:

ENTERADO. VUELVA A TRANSMITIR DENTRO DE

Se quitó los auriculares, lanzando un suspiro de satisfacción.

En aquel momento percibió un ruidito a sus espaldas.

Se volvió con la rapidez del rayo, empuñando una de las pistolas. El ruido había sido el de un pie haciendo crujir la arena del suelo de la cueva.

La silueta de un hombre se destacó en el círculo de salida de la cueva. El hombre se arrojó contra él, con un objeto brillante en la mano.

La luz de la linterna alumbraba solamente la parte superior del transmisor, en la zona del pulsador. Fuera de este sector, el resto de la osquedad estaba sumido en las tinieblas.

Grant se dijo que no tenía opción. Su vida o la del individuo. Pulsó el gatillo.

Brilló un foganazo y sonó un “plop” apagado. Se oyó un gemido.

El hombre se arrodilló en el suelo. A un paso de distancia, Darryl disparó de nuevo, apuntando a la cabeza de su enemigo. No podía tener consideraciones. Aquel era un juego muy peligroso y, hasta cierto punto, lo de menos era que se dejase la vida en el empeño, como le había pasado a su amigo Pat Byne. Lo importante era descubrir la banda de contrabandistas de espías, desarticularla, detener a su jefe y cortar la introducción de agentes enemigos en el país.

El contrabandista cayó de bruces. Seguro de haberlo matado, Darryl corrió hacia la entrada de la cueva. Escuchó atentamente.

Era evidente que le habían seguido. Pero ¿solo aquel individuo? ¿O había alguien más esperándole en las inmediaciones?

No pudo oír otra cosa que el chasquido del oleaje al romper contra las rocas y el silbido del viento en lo alto del acantilado. Meneó la cabeza. Muy posiblemente, calculó, solo había sido seguido por aquel individuo, el cual debía tener órdenes de eliminarle a toda costa. La jugada les había salido mal, sin embargo.

Al cabo de unos momentos, pudo comprobar que no había nadie más. Regresó al interior de la cueva y tomó la linterna, examinando atentamente el cuerpo del contrabandista.

El individuo había recibido un primer balazo en el vientre. El segundo la había entrado por encima del ojo derecho, fulminándole en el acto.

Registró cuidadosamente el cuerpo, sin encontrarle encima ninguna documentación. Al cabo de unos minutos de atenta reflexión, decidió volver a utilizar la emisora.

Esta vez usó una señal de prioridad, puesto que sabía que su escucha se habría retirado ya. Pero también sabía que usando aquella señal, el superintendente sería alertado de nuevo.

Unos momentos después, comunicaba lo sucedido. La respuesta fue una orden contundente:

ARROJE EL CADAVER AL. MAR. ENVIAREMOS UN
“CUTER” PARA RECOGERL...

Eso era todo. Grant comprendió que luego los servicios de identificación del M. I. 5 harían el resto.

Replegó la antena y envolvió de nuevo el transmisor. Pero se dijo que si una vez había podido ser seguido, nuevamente corría el riesgo de que volviera a suceder algo parecido en una ocasión siguiente. Menos mal, se dijo, que el espía se había entretenido en escuchar su transmisión. Por lo visto, quería saber con quién comunicaba para luego participarlo al jefe de la banda... después de haberle rebanado el pescuezo, por supuesto; cosa que, afortunadamente, no se había producido. Sí el contrabandista sabía o no morse era cosa que ya carecía de importancia.

Tomó la linternilla de nuevo y se dedicó a explorar la cueva, la cuál era mucho más honda de lo que parecía. Paseó el haz luminoso por todas partes, buscando un rincón discreto donde esconder el transmisor y la bolsa con el resto de los utensilios.

Llegó al final de la cueva. El techo descendía allí, obligándole a encorvarse. El rayo de luz de la linterna le reveló un amplio orificio situado en el techo, de más de un metro de anchura. Ayudado por la lamparita, pudo meterse en el hueco, que parecía el cañón de una chimenea, de tal modo que solo quedaba visible su cuerpo a partir del pecho.

Movió la linterna en todas direcciones. El tubo excavado en la roca viva por las fuerzas de la Naturaleza se perdía en las alturas. Pero a su derecha tenía una especie de hueco bastante grande. Aquel podía ser el lugar ideal para esconder el transmisor y la bolsa.

Y así lo hizo sin perder más tiempo, diciéndose que en mejor ocasión volvería para explorar la chimenea. Le parecía debía tener una salida al exterior por alguna parte, ya que creyó notar una débil corriente de aire.

Luego regresó al centro de la cueva. Agarró el cadáver por los pies y, sin la menor ceremonia, lo arrastró hasta la salida, arrojándolo por fuera del borde. Después emprendió el descenso.

Hacía frío, pero era preciso dar facilidades a los del cúter. No le quedó otro remedio, pues, que desnudarse y meterse en el agua, remolcando el cuerpo del contrabandista. Se alejó lo suficiente para salir fuera de la rada y entonces abandonó el cadáver. Sabía que dos o tres días más tarde surgiría a la superficie, cuando los gases de la putrefacción hincharan el cuerpo y le hicieran ganar flotabilidad. Pero

de momento no quería correr el riesgo de que la resaca lo arrojase de nuevo a la playa.

Regresó. Hizo unos cuantos ejercicios para entrar en calor. El agua estaba endiabladamente fría. Después se vistió, evocando los buenos, excelentes *grogs* que preparaba la exuberante Sabine.

A continuación emprendió el ascenso. Ahora llevaba consigo, bajo el pullover, una magnífica automática, dotada de silenciador, con dos cargadores de repuesto, y una navaja de muelles, con un filo capaz de cortar un cabello en el aire. No, los contrabandistas no le encontrarían desprevenido de nuevo. Hubiera sido un error fingir un desmayo después del naufragio, con aquel pequeño arsenal encima. Ahora ya podía llevar consigo las armas.

Llegó arriba. Al remontar el último tramo del sendero, cuando ya llegaba al borde de los cantiles, una silueta oscura surgió de pronto ante sus ojos.

CAPÍTULO VIII

El primer movimiento de Darryl fue echar mano a la pistola que llevaba bajo el pullover. Pero se contuvo casi en el acto.

Tantas horas de estancia en la oscuridad, le habían conferido una visión privilegiada y así pudo ver el débil resplandor de unos cabellos rojizos ondeando al viento. Por otra parte, la blancura del rostro de aquella persona resultaba inconfundible aun en las tinieblas.

—Buenas noches, señorita Glenarvan —saludó cortésmente.

La joven no pareció inmutarse ante la súbita presencia del joven en aquel lugar.

—Buenas noches, señor Darryl —dijo. Y con tono ligero, añadió—: Extrañas horas estas para pasearse por Grover Bay.

—Estuve husmeando en la playa toda la tarde para ver si se había salvado algo de mi naufragio. Luego me senté en una cueva a descansar y me quedé dormido —se excusó Darryl, a sabiendas de que Sybil no iba a creer una sola palabra de su narración. Mientras sonreía, agregó —: También yo podría decir lo mismo de usted, ¿no cree?

El cuerpo de la joven se envaró.

—Yo no he naufragado —contestó desdeñosamente.

—Siento haberla ofendido, señorita Glenarvan —le dijo Grant con tono contrito—. Excúseme, se lo ruego. Pero, ¿no le parece un poco fuera de lugar su paseo por estos parajes? Es de noche cerrada y el menor tropezón podría serle fatal.

—Conozco el páramo y los acantilados como la palma de mi mano, señor Darryl. No hay peligro alguno.

—Entonces, el peligro es el de pescar una pulmonía doble.

—Usted salió indemne, recuérdelo.

—Es cierto. La verdad es que no hago más que decir tonterías, señorita. ¿Padece usted de insomnio? —preguntó Grant súbitamente.

Ella se estremeció.

—A veces —murmuró con voz opaca—. No podía dormir y me figuré que un poco de aire fresco me vendría bien. Creo... creo que es hora ya de que me retire.

—Si no tiene inconveniente —decidió Grant de pronto—, la acompañaré.

Ella no contestó, en vista de lo cual, Darryl tomó su silencio como un asentimiento. Sybil empezó a andar y Grant se emparejó a su lado.

Apenas habían dado dos o tres pasos, la muchacha tropezó en algo y cayó al suelo, lanzando un grito. Grant se precipitó en su auxilio, ayudándola a incorporarse.

—¿Se ha hecho daño? —preguntó solícitamente.

—No. El suelo falló de pronto —contestó Sybil—. Me extraña —comentó, mientras se reponía—. Creía conocer bien esta zona.

—Espere —dijo él. Fue a sacar la linterna, pero se contuvo. En su lugar encendió un fósforo, protegiendo la llamita con la mano.

La vacilante luz descubrió una especie de cráter en la hierba, una depresión del terreno que cedía en aquel punto como medio metro de profundidad por uno y medio de anchura, formando un embudo de suaves pendientes. El lugar donde había caído Sybil era junto al borde, por lo que el golpe apenas había tenido otras consecuencias que el pequeño susto recibido. En el centro del embudo se veían unas matas.

Sybil esbozó una sonrisa.

—Bien —dijo—, ya tengo otro accidente del terreno más para anotar en mi memoria.

Y, sin más, reanudaron el camino, hasta llegar a la casa. En la puerta, Sybil, de súbito, se volvió hacia el joven.

—¿Querría aceptarme una taza de café, señor Darryl?

—De mil amores —dijo el joven, que no estaba esperando otra cosa.

Entraron en la mansión. Con más detenimiento, Darryl pudo darse cuenta de que las apariencias expresaban más de lo que había en la realidad. En los muros del amplio vestíbulo podían divisarse algunos cuadrados de color más oscuro que el resto de las paredes. Grant se dijo que en aquellos lugares debían de haber estado colgados algunos cuadros que ahora se hallarían en poder de algún chamarilero.

Sybil le condujo a la cocina. El joven se dio cuenta de que estaba cubierta con un largo abrigo que le llegaba hasta los tobillos, debajo del cual llevaba la ropa de cama.

La joven encendió un fogón eléctrico, sobre el cual colocó una cafetera con agua. Luego se excusó.

—Volveré enseguida —dijo.

Darryl prendió un cigarrillo. Sybil regresó minutos más tarde, con el cabello prietamente anudado en la nuca y cubierta ahora con una gruesa bata acolchada. Le gustó el rostro limpio y fragante de la joven, peso a su expresión de perpetua tristeza.

Sybil preparó el café con rapidez. Sirvió las tazas y dispuso también una botella y dos copas. La botella contenía ron.

—La noche es fría —dijo, con leve sonrisa.

El café y una copa de ron entonaron a Grant notablemente. Durante unos momentos, bebieron en silencio.

—Creía que ya se habría ido usted de Wallyhead —dijo la joven al cabo de unos momentos.

Grant emitió una sonrisa de circunstancias.

—Estoy esperando la respuesta a un telegrama que envié a un amigo de Londres. Mientras no me mande unas cuantas libras, estoy clavado

en Wallyhead. Perdí cuanto tenía en el naufragio.

—Puedo prestarle un par de libras para que se remedie momentáneamente —sugirió ella.

—Oh, no, en absoluto —sonrió Grant—. Mi amigo acabará por responder al telegrama... Se lo agradezco con toda sinceridad.

Sacó cigarrillos y le ofreció uno, que ella aceptó con gesto de naturalidad. Mientras le acercaba la llama del fósforo al extremo del cigarrillo, dijo:

—¿Puedo hacerle una pregunta, señorita Glenarvan?

Ella le estudió durante unos instantes con sus grandes ojos, de verdosas pupilas.

—Sí —dijo al cabo.

—¿Por qué, una mujer tan joven y hermosa como usted, consiente en vivir en un páramo aislado y solitario, tan lejano de toda civilización? ¿No estaría mejor en Londres, en alguna capital, con amistades, disfrutando de la vida, que no llevando esta existencia de semisepultada en plena juventud?

El pecho de la joven se agitó durante unos momentos.

—Si no le importa —dijo—, preferiría no contestar a esa pregunta, señor Darryl.

—Lamento la indiscreción...

Las palabras de Grant fueron cortadas súbitamente por un extraño sonido.

Era un grito, humano, el alarido de una persona en peligro, el aullido de alguien que se encontraba en grave riesgo. El grito procedía de una garganta femenina y rebotó a través de los gruesos muros de la mansión con siniestros trémolos, hasta llegar a la cocina.

El cigarrillo se desprendió bruscamente de los dedos de Sybil. La muchacha se puso en pie de un salto.

Grant tragó saliva. El aullido le había causado un escalofrío de temor.

Sin embargo, conservó la calma suficiente para escrutar los menores gestos de Sybil. Esta había palidecido horriblemente y miraba de modo instintivo hacia la puerta de la cocina.

El grito cesó después de varias alternativas de volumen. Casi en el acto se oyeron un par de portazos y luego algunas voces excitadas, entre las cuales destacaba la de Karpee.

Sybil se volvió repentinamente hacia el joven. Sus facciones reflejaban un vivo espanto.

—¡Van a venir aquí! —dijo.

—¡Caracoles, vaya complicación! —gruñó el joven.

Sybil miró a derecha e izquierda. De pronto, sus ojos emitieron un rápido destello.

—¡Pronto! —dijo en voz baja, que más era un cuchicheo—. Súbase

ahí arriba.

“Ahí arriba” era la parte alta de un enorme armario de mampostería, situado en uno de los muros de la cocina, el cual estaba destinado a despensa y vajillero. Darryl se subió a una silla y luego trepó a la plataforma superior del armario, la cual alcanzaba una altura superior a los dos metros. Tendióse en aquel angosto espacio y esperó, apretándose contra la pared cuanto pudo. ¿Por qué no quería Sybil que le viesen? se preguntó.

Con sorprendente rapidez, Sybil limpió la mesa, dejando todos los cacharros en el fregadero y cubriéndolos luego con un paño de cocina. Después abrió un frigorífico y extrajo del mismo una botella de leche.

Justamente en aquel momento se abría la puerta de la cocina. Karpee entró en el umbral con gesto hosco.

—Otra vez esa chiflada —gruñó.

—Ya la he oído —respondió Sybil con indiferencia.

—A ti te deja muy tranquila, ¿verdad? —gruñó el hombre, empezando a trastear en la despensa, directamente debajo del joven.

—Ya sabes cuál es mi opinión del asunto. Y en vista de que tú, que eres el más interesado, no quieres ocuparte de ello, no voy a ser yo la que se lleve peores ratos de los que ya paso.

Karpee lanzó un gruñido.

—Esta noche está imposible. Tendré que ponerle una inyección.

—La jeringuilla está en el cuarto de baño, recuérdalo —dijo Sybil impasible.

—Ya lo sé. Pero yo he venido a buscar otra cosa. Demonios, el ron del aparador del comedor se acabó.

—Hay que traer más de Wallyhead —alegó la muchacha—. Y como no lo pagues al contado...

Karpee soltó una interjección.

—Pues ayer había aquí una botella casi entera —gruñó—. ¿Dónde diablos está?

—¿Por qué no vas y se lo preguntas a la señora Penderful? A ella le gusta demostrar que no padece de artritis en la articulación del codo derecho —las palabras de Sybil encerraban un sangriento sarcasmo.

—Déjate de bromas. Bueno, me voy a ponerle la inyección. Si esto sigue así, nos vamos a ver en la ruina.

—Tú, en todo caso —la joven continuaba impasible—. Yo ya lo estoy.

—Sigo sin encontrar la menor gracia en tus palabras —refunfuñó Karpee. Y salió de la cocina echando pestes.

Durante unos segundos, Sybil permaneció apoyada con ambas manos en la tabla de la mesa, mirando hacia la puerta. Desde su observatorio, Grant la estudió atentamente, viendo que su respiración era afanosa y entrecortada y que, aunque el resto de la cara continuaba

blanca, sus mejillas aparecían encendidas. La expresión de Sybil era de odio, odio intenso e inhumano; y apreciar tal sentimiento causó gran sorpresa al joven.

Al cabo de unos minutos, Sybil se volvió a medias. El silencio se había restablecido en la mansión.

—Ya puede bajar, señor Darryl.

Grant se descolgó silenciosamente al suelo, flexionando las piernas. Luego se irguió y miró de frente a la muchacha.

—¿Qué le ocurre a usted, Sybil? —preguntó.

—Nada —respondió ella.

—Sí —insistió Darryl—. A usted le sucede algo. Dígame, ¿quién es esa mujer que gritaba?

El rostro de la muchacha se encendió súbitamente.

—¡Le he dicho que eso no le importa! —exclamó con voz crispada.

Grant avanzó hacia ella y le oprimió los hombros con ambas manos.

—Escúcheme, Sybil, usted me salvó la vida. ¿Por qué no quiere que la ayude? Aunque he visto poco, he podido darme cuenta de que está en un grave compromiso.

—¡No, no —jadeó ella—, no necesito su ayuda!

Grant la atrajo hacia sí, a pesar de su resistencia. Los dos cuerpos se juntaron durante Unos instantes.

—¿Por qué no me deja que emplee mis pocas fuerzas en ayudarla, Sybil? —insistió él—. Puede que no fuera mucho, pero quizá obtuviese algún resultado...

Ella movió la cabeza en silencio. Sus ojos estaban llenos de lágrimas.

—Nadie, nadie puede solucionar mis problemas —murmuró con voz entrecortada, tratando de dominar los sollozos que la acometían.

—¿Lo cree así? —dijo Grant, acariciándole suavemente los cabellos.

Sybil se abandonó por unos instantes al encanto de sentirse en los brazos de un hombre joven y fuerte. Lanzó un suspiro y dejó que su cabeza reposara en el pecho de Grant.

De pronto se separó de él como picada por un áspid. A través de la ropa había notado contra su cuerpo un duro contacto.

Miró a Grant con asombro.

—¿Por qué lleva pistola? —inquirió.

Darryl se dio a todos los diablos por aquella nueva complicación.

—Cuando le recogimos en la playa, no llevaba arma alguna —acusó la joven.

—Bueno —dijo él, remoloneando—. Me... la prestó Sabine, la chica de la posada. Le dije que iba a ver lo que encontraba por Grover Bay... y me sugirió la conveniencia de ir armado.

—¿Temía usted encontrarse con algún enemigo? —preguntó ella.

—¡Hum! Según tengo entendido, los contrabandistas abundan

mucho en estas costas.

Los ojos de Sybil escrutaron interesadamente el rostro de su interlocutor.

—¿Quién es usted, Grant? —preguntó.

Pero el joven se negó en redondo a dar una respuesta satisfactoria.

CAPÍTULO IX

El problema del pago del hospedaje adquirió al día siguiente una súbita virulencia. Duncan Mac Clure se encaró con Darryl y le dijo que o pagaba o se iba a la calle. Grant le contestó que tuviera paciencia. Duncan replicó que ya estaba harto de él. Grant manifestó que la cara de Duncan le daba dolor de estómago cada vez que la veía. Duncan le nombró los antepasados. Grant contestó con algo mucho peor.

El resultado fue que Duncan le arreó un puñetazo que lo derribó por tierra. El joven no perdió el conocimiento pero fingió haber quedado sin sentido.

Al ruido de la pelea acudieron Sabine y “Cara de Rata”. En el primer momento, la chica se asustó bastante al ver a Grant tendido en el suelo.

—No te preocupes —contestó Duncan desdeñosamente—. Solo está desmayado. Le aticé un buen golpe, eso es todo.

—¿Por qué? —quiso saber la muchacha.

—Tú métete en tus cosas y no te preocupes de nada más. Vete al mostrador y atiende a la clientela.

—Está bien. Pero no le hagáis ningún daño.

Duncan soltó una atroz risotada.

—¡Vaya! Parece que te preocupas mucho por este granuja, ¿eh?

—¡Vete al infierno! —contestó Sabine abruptamente. Al salir pegó un portazo que hizo retemblar las paredes.

“Cara de Rata” dijo:

—Está enfadada, Duncan.

—Déjala, no te preocupes por ella.

—Claro. Hay otra cosa que me preocupa más.

—¿Barker?

—Si —dijo “Cara de Rata” con acento pensativo.

—Desde anoche no hemos vuelto a saber de él.

—¿Has examinado bien Grover Bay?

—Todo. De arriba a abajo. Pero no he encontrado el menor rastro del tipo.

—¿Se lo habrá cargado este canalla? —masculló Duncan.

“Cara de Rata” emitió un gruñido que lo mismo podía considerarse como una afirmación que como una negación. De repente, se arrodilló en el suelo y sacó un afilado cuchillo.

—¿Lo liquido? —dijo con tono siniestro.

A pesar del inminente peligro en que se encontraba, Grant no movió ni un solo músculo de su cuerpo. Hubiera muerto en el acto si

hubiese pestañado tan siquiera.

—No —decretó Duncan al cabo—. Lo más probable es que Baker perdiera pie por alguno de los cantiles y cayera al mar. Mala suerte para él si ocurrió así.

—Pero esto hijo de perra puede ser un espía...

—Karpee dice que el jefe ha comprobado que el “Packham”, efectivamente, perdió un marinero y un bote. Suponen que el marinero desertó cerca de la costa. Como venía de Ámsterdam, creen que el marinero, Darryl, llevaba contrabando de diamantes.

—Pero no le sirvió de nada —refunfuñó “Cara de Rata”.

Darryl se felicitó interiormente de estar a las órdenes de Hamilsham. El superintendente era hombre que no dejaba cabo por atar.

—De todas formas —agregó “Cara de Rata”—, yo liquidaría a este tipo. Por sí o por no, es un estorbo.

—Déjalo. Hay que darle un poco más de cuerda. Quizá volvió a Grover Bay a buscar los diamantes...

—¿A las doce de la noche? —exclamó “Cara de Rata” con acento incrédulo.

—Como sea, el jefe ha dicho que le demos cuerda —exclamó Duncan—. Y ahora, vámonos. Cuando se despierte, volveré a pedirle el pago del hospedaje. Veremos qué contesta.

Los dos forajidos salieron de la estancia. Grant permaneció todavía en el suelo durante unos minutos. Luego se sentó en el mismo, transpirando copiosamente.

—¡Uf! —exclamó en voz baja—. Creí que ese tipo me rebanaba el gaznate...

Y luego se dijo que la investigación adelantaba lenta pero constantemente. Prácticamente, solo la faltaba un punto por descubrir: la identidad del jefe. ¿Karpee?

Sentóse en el borde del lecho y encendió un cigarrillo, meditando un plan de acción. Tenía que hacer algo para no despertar sospechas. ¿Cómo podía solucionar el problema de su estancia en Wallyhead sin tener que recurrir a dar largas al asunto del hospedaje?

No tardó en encontrar la solución.

Una hora más tarde, había pescado una borrachera monumental y andaba insultando y provocando a todos los clientes de la taberna. Rompió varios vasos y botellas y finalmente pudo ser reducido por Duncan y alguno de sus clientes.

El escándalo había sido mayúsculo. En Wallyhead había juez de paz, un robusto pescador de aspecto patriarcal, el cual, después de examinar al beodo, decretó que vería el juicio al día siguiente, cuando el acusado estuviese de nuevo en condiciones normales. Mientras tanto, debería ser encerrado en la cárcel local y encomendado al jefe de

policía, Angus Mac Durr.

La cárcel de Wallyhead era un viejo caserón situado en las afueras, al borde del páramo. El policía vivía en el piso superior y en la planta había un grupo de cuatro celdas, dos a dos y separadas por un corredor central, cerrado por medio de una sólida cancela. Vociferando canciones báquicas a pleno pulmón, Grant fue encerrado en la celda número uno, la situada en primer lugar a la derecha, según se entraba en el corredor.

Que la cárcel de Wallyhead no estaba acostumbrada a recibir huéspedes, lo demostró el polvo y la suciedad que reinaba por doquier. Darryl se tendió sobre el camastro y se envolvió en una polvorienta manta, continuando con sus canciones hasta que el sueño le hubo vencido.

Al día siguiente compareció a juicio ante el juez de paz.

CAPÍTULO X

El juez miró duramente al acusado y le preguntó qué tenía que alegar en su descargo.

—Nada, Señoría —contestó humildemente el reo, dando vueltas entre las manos al gorro de punto, del cual faltaba la borla, que había estado a punto de comerse la noche anterior, en el momento cumbre de su borrachera.

—El señor Duncan Mac Clure dice que usted le debe nueve chelines y siete peniques por el hospedaje, más una libra y dos peniques por las bebidas consumidas, más dos libras, tres chelines y cuatro peniques por los desperfectos efectuados. El total asciende a tres libras, trece chelines y un penique. ¿Tiene usted con qué abonar el importe de la deuda?

—No, Señoría. Pero espero una remesa de fondos...

—Este Tribunal no admite dilación en el pago de las deudas, cuando se trata de personas desconocidas en Wallyhead y sin ninguna garantía personal por sí o por sus acciones. Por lo tanto, le sentencio a la pena de quince días de cárcel, de la cual podrá librarse pagando al señor Mac Clure la suma indicada y a este Tribunal dos libras en concepto de multa. ¡Caso fallado!

Como Darryl no podía pagar, fue conducido nuevamente a la celda.

El día transcurrió tediosamente. Poco después de comer, Darryl recibió una visita.

Se puso en pie al ver a Sybil al otro lado de la reja.

—Hola —dijo, sonriendo de mala gana.

Ella permanecía impassible.

—¿Qué le sucedió, Grant? —preguntó.

—Bueno, me emborraché y cometí alguna tontería, eso es todo. Esperaba un giro de mi amigo, pero no ha llegado.

—¿Cuánto debe en total? —preguntó ella.

Grant frunció el ceño.

—¡Eh! ¡Oiga! ¿Es que piensa pagar mis deudas?

—Exactamente —contestó la muchacha.

—No. No se lo toleraré, Sybil.

—¿Por qué? La suma total asciende a cinco libras y un penique. Puedo...

—Usted no puede —la interrumpió el joven abruptamente—. Lo he oído en la posada.

El rostro de Sybil se coloreó vivamente.

—Créame, Grant, yo...

—No, no y no, repito —insistió él—. Gracias por hacerme el favor, pero quince días pasan volando. Además —sonrió, mientras movía la mano en círculo—, aquí no se está tan mal. Comida gratis, alojamiento confortable...

Sybil se estremeció al contemplar la desnudez de las paredes de la celda.

—No diga eso, Grant —murmuró—. Deje que le ayude a salir de aquí.

—Por favor. Se lo agradezco infinito... Escuche, Sybil, ya que insiste tanto en ayudarme, ¿por qué no pone un telegrama en mi nombre? Es a mi amigo de Londres, a ver si esta vez me envía el dinero.

—Muy bien. Iré en busca de papel y lápiz para tomar nota de su mensaje.

Sybil volvió minutos después. Grant le dictó un telegrama, cuyo verdadero contenido hubiera asombrado enormemente a la muchacha, de haber podido conocer la clave en que estaba redactado:

El verdadero sentido del mensaje era el siguiente:

“SUSPENDIDA TRANSMISION ACORDADA PUNTO
EXPLICARE MOTIVOS OPORTUNAMENTE PUNTO
ESTEN CONSTANTEMENTE A LA ESCUCHA PUNTO NO
REMITAN UN SOLO PENIQUE FIN DEL MENSAJE”.

Al terminar, Grant sonrió.

—No sé cómo voy a pagarle sus bondades, Sybil.

—Olvídelo —dijo ella secamente. Y ya se disponía a marcharse, cuando Grant la llamó de nuevo—. ¿Sí? —murmuró, mirándole fijamente.

—¿Podría usted hacerme un favor, Sybil?

—Trataré de complacerle. ¿De qué se trata?

Darryl meditó y le dio determinadas instrucciones. Después, dijo:

—Duncan Mac Clure tiene una motora. Me gustaría saber dónde la esconde.

Sybil permaneció silenciosa durante unos instantes.

—¿Por qué quiere saberlo, Grant?

—No sé por qué —contestó él—, pero me parece que usted confía en mí, ¿no es eso?

Ella asintió en silencio.

—Entonces, averígüeme dónde guarda Duncan su canoa. Pero sea discreta, ¿comprende?

Sybil le espetó una pregunta repentina.

—¿Quién es usted, Grant?

—Un marinero contrabandista de diamantes —contestó él, sin dejar

de sonreír.

—No lo creo.

Grant se encogió de hombros.

—No puedo obligarla a ello, Sybil. Cada uno somos dueños de pensar lo que más nos conviene. Pero, si no me cree, ¿por qué me ayuda?

El pecho de la joven se agitó levemente. Grant volvió a sonreír.

—Debe ser porque usted sigue al pie de la letra la vieja tradición china.

—¿A qué tradición se refiere usted? —preguntó ella muy extrañada...

—Cuando una persona salva la vida a otra, el salvador se considera obligado eternamente hacia el salvado y procura que no le suceda nada durante el resto de su vida.

El rostro de Sybil se coloreó. Esbozó una sonrisa.

—Pudiera ser —murmuró. Y, de repente, dio media vuelta y se marchó sin añadir una sola palabra.

El resto del día transcurrió tediosamente. La lluvia caía intermitentemente y el viento aullaba con fúnebres lamentos. Al anochecer, el policía le sirvió la cena. Luego, Angus Mac Durr se aseguró de que los cerrojos estaban firmes y se marchó, tras desear las buenas noches a su prisionero.

Darryl, tras envolverse en una manta, se tendió en el camastro. Dejó que pasara una hora.

Al cabo de ese tiempo echó la manta a un lado. La cárcel estaba a oscuras, excepto por una bombilla situada sobre el lado exterior del dintel de la cancela de acceso al corredor. Sentándose en el lecho, Darryl manipuló en uno de los tacones de la bota derecha y extrajo de su interior una pequeña ganzúa.

Unos momentos después se hallaba en la celda número tres, la situada en segundo lugar a la izquierda, a contar desde la puerta del corredor. Se acostó en el camastro y, sin más, se quedó dormido como un tronco.

A media noche, la cárcel fue sacudida por una terrible explosión.

CAPÍTULO XI

La celda número uno quedó enteramente destrozada, tan devastada como si hubiera caído en ella una bomba de aviación. Darryl fue arrancado súbitamente del sueño y, tras el primer y natural susto, sonrió satisfecho.

Su precaución había tenido un completo éxito. Alguien había arrojado a través de la ventana un cartucho de dinamita. De haber continuado en la misma celda, el joven hubiera resultado destrozado por la explosión.

El escándalo resultó mayúsculo. Toda la aldea fue despertada por la espantosa detonación y, tras los primeros momentos de desconcierto, la gente corrió hacia la cárcel.

Mac Durr abrió la puerta del corredor. La del número uno estaba sostenida apenas por uno de sus goznes. El policía abrió los ojos desorbitadamente al contemplar los destrozos que había causado la dinamita.

Fuera de la cárcel, el alboroto era ensordecedor. El juez de paz consiguió abrirse paso entre los curiosos y penetró en la cárcel. Cuando no ejercía, sus convecinos le llamaban Donald, a secas.

—¿Qué ha pasado aquí, Angus? —preguntó.

El viejo policía temblaba como una hoja seca.

—No lo sé —contestó—. Solo puedo responderte que estaba durmiendo cuando sonó el estallido. Creí que se hundía la casa, la verdad.

El juez arrugó la frente.

—Pero no veo el menor rastro del prisionero —objetó, penetrando en la celda.

Mac Durr se quedó de piedra.

—¡Diablos! ¿Es cierto?

—Míralo —gruñó el otro—. Tendría que verse sangre por todas partes... y yo no veo nada de particular.

—¡El pájaro ha volado! —exclamó Mac Durr.

Un hombre penetró en la cárcel.

—¿Qué ha sucedido?

El juez se volvió para mirar al recién llegado. Era Duncan Mac Clure.

—Alguien lanzó un cartucho de dinamita a través de la ventana, a la celda donde descansaba el prisionero —contestó Donald.

Duncan abrió la boca, completamente estupefacto. Miró al juez, luego al policía y después a la celda totalmente destrozada. Después

repitió la misma operación pero a la inversa.

—¡Cristo! —exclamó. De repente, dio media vuelta y salió como si le hubieran perseguido cien legiones de demonios.

—¿Qué le pasa a ese, tú? —preguntó Mac Durr.

—¿A ti qué te importa? —refunfuño el juez—. Lo interesante es el prisionero. ¿Dónde está? ¿Quieres decirme?

La explosión había abierto en el muro un boquete regular.

—Habrà escapado por ahí —dijo el policía.

—¿Después del estallido? —contestó Donald—. Ni lo sueñes.

—¡Pues yo no sé dónde puede estar! —masculló airadamente el policía—. Lo que sí puedo decirte es que personalmente me cercioré de que quedaba bien encerrado.

El misterio amenazaba con resultar indescifrable para aquellas dos personas. Hasta cierto punto, el juez, que conocía muy bien a sus convecinos, se explicaba lo de la explosión. Las rivalidades entre contrabandistas solían ser frecuentes y algunas veces había ajustes de cuentas en secreto y sin publicidad. Aquel cartucho de dinamita podía ser el resultado de un ajuste de cuentas... pero lo inexplicable era que no quedaba el menor rastro del prisionero. Tan aturridos estaban, que a ninguno de los dos se les ocurrió mirar en las celdas del fondo, en una de las cuales, justamente en la número tres, Grant descansaba plácidamente.

El trueno de la explosión había llegado también a “Glenarvan House”, despertando a sus moradores. Mac Clure fue menos rápido, por supuesto, y tardó una hora en recorrer las tres millas que separaban la ciudad de la mansión.

Momentos después estaba hablando con Karpee acerca del extraño incidente. Karpee se quedó muy intrigado.

—¿Y dices que el prisionero no estaba en su celda?

Duncan sacudió la cabeza, explicando todo lo que había podido averiguar.

—Debe tratarse de alguna venganza —sugirió Karpee—. Llevaba diamantes y los perdió en el naufragio. Esas gentes no perdonan los errores.

—¿Y si le sacaron antes y luego tiraron el cartucho de explosivo? —sugirió Duncan.

—Esa pudiera ser una buena explicación —murmuró Karpee, sumamente preocupado por lo que acababa de ocurrir.

Duncan le pidió instrucciones.

—Bueno, y ahora, ¿qué hacemos? Ese tipo no es un espía.

—No estés tan seguro. Los del Yard son terriblemente astutos. He conocido a algunos individuos que han despreciado la inteligencia de los del Yard y han acabado bailando la danza del cáñamo en Pentonville. Sería conveniente que abrieras mucho los ojos y más

todavía las orejas, ¿estamos? Infórmame de todo cuanto suceda con la mayor rapidez posible. Anda, vuelve a la posada.

—De acuerdo —contestó Duncan. Salió de la casa, sin darse cuenta de que unos ojos le espiaban desde detrás de un seto cercano.

Sybil permaneció escondida detrás del seto durante un buen rato, hasta que creyó que todas las luces de la casa estaban apagadas y sus moradores entregados de nuevo al descanso. Entonces, tan sigilosamente como había salido, entró de nuevo en la mansión y se encerró en su dormitorio, bastante satisfecha por haber ayudada a Grant... aunque no comprendía qué clase de ayuda podía proporcionarle el lanzamiento de un cartucho de dinamita a su propia celda. Claro que estaba tranquila al respecto, porque Duncan le había asegurado que cambiaría de celda. Pero ¿qué se proponía hacer el joven?

La mañana siguiente trajo una enorme sorpresa para el policía. Angus Mac Durr se disponía a hacer una limpieza a fondo de los escombros provocados por la explosión, cuando, de pronto, oyó una voz que le dejó helado de pavor.

—¡Eh! ¡Oiga! ¿Cuándo demonios piensa traerme el desayuno?

CAPÍTULO XII

Ronald Karpee miró de frente a su cómplice.

—Bien, cuéntame. ¿Qué diablos ha sucedido?

—El viejo Mac Durr está temblando todavía de miedo —respondió Duncan—. Aún no está seguro de si el que le pidió el desayuno era un fantasma o se trataba del preso en persona. Tendrán que pasar muchos días antes de que se recobre.

Karpee tomó un trago de la jarra de cerveza que tenía frente a sí. Luego apoyó la cabeza en la pared que se hallaba a sus espaldas. No se dio cuenta de que era de madera y que había alguien al otro lado, escuchando lo que hablaba con el posadero.

—Si ese tipo es del Yard, indudablemente es muy listo. Mucho más que el que liquidamos en Grover Bay. Y si no lo es hay que reconocer que posee una astucia realmente diabólica.

—¿Qué es lo que supone usted que hizo?

—Darryl... o como se llame, debía de temer alguna represalia por parte de su banda. Seguramente se cambió de celda apenas le dejó solo el policía.

—Eso significaría que alguno de los miembros de su banda ha estado merodeando por Wallyhead. Y yo no he visto a ningún sospechoso, señor Karpee.

—Lo razonable sería eso que acabas de decir, Duncan. Un ajuste de cuentas... pero no hemos visto a ningún desconocido por Wallyhead después de la llegada de Darryl.

—Pudieron venir por la noche y marcharse después.

—¿Y cómo supieron exactamente la situación de la celda que ocupaba? —preguntó Karpee.

Duncan guardó silencio. El misterio de la explosión les desconcertaba.

Una idea brilló súbitamente en la imaginación de Karpee.

—Bien —dijo—. Vamos a ver cómo se porta ahora.

—¿Qué es lo que piensa hacer usted?

Karpee sonrió enigmáticamente. Habló unos minutos, mientras Duncan le escuchaba atentamente. Al terminar de hablar, Duncan asintió.

—Está bien —dijo—. Lo haré así, como usted dice.

—Yo me encargaré del resto. Y, sobre todo, procura que haya siempre alguien vigilando los menores pasos del tipo. ¿A quién pondrás para vigilarle?

—Los dos mejores. Bass y “Cara de Rata”.

—Espléndido. Bueno, me marchó a ver al juez. Tú te ocuparás del resto, ¿estamos?

—De acuerdo —contestó Duncan, quedándose muy preocupado en el mismo sitio.

Una hora más tarde, Grant Darryl recibía una enorme sorpresa.

Los cerrojos rechinaron. Angus Mac Durr le abrió la puerta de la celda.

—Está libre. Puede largarse.

Grant abrió una boca de a palmo.

—¡Qué! —exclamó—. ¿Quién ha dicho eso?

—El juez —contestó Mac Durr abruptamente. Estaba muy enojado con el joven y su única ambición era perderlo de vista cuanto antes. No podía perdonarle la jugarreta que le había hecho la noche anterior.

—Pero ¿cómo puede ser eso? Yo tenía que pagar... Mac Durr alzó los hombros.

—A mí no me pregunte nada. Yo solo sé que tengo que ponerle en libertad... y que quiero hacerlo en el acto. ¡Fuera!

Grant arrugó el ceño durante unos segundos. Luego, poniéndose las botas, se encasquetó el gorro de punto y, tras ajustarse mecánicamente el cinturón de los pantalones, salió de la celda. Sonrió a la vez que hacía un vago saludo con la mano.

—Bien, jefe —exclamó—. He tenido un verdadero placer...

—Yo, no —gruñó el policía—. Vamos, largo de aquí antes de que rompa un zapato contra sus posaderas.

—¡Oh, la tradicional hospitalidad escocesa! —se burló el joven descaradamente.

Pero, en realidad, estaba muy preocupado. ¿Quién había pagado por él? Creía tener la seguridad de que no había sido Sybil. ¿Entonces?

Cuando llegó a la posada, momentos después, todavía no había podido contestarse a la pregunta.

Sabine estaba tras el mostrador. La joven le dirigió una inexpresiva mirada.

—Hola, preciosidad —saludó Darryl con acento voluble—. Ya estoy aquí de nuevo. ¿Podré darme un baño?

—Claro. Ya sabe el camino, ¿no?

La voz de la muchacha tenía tanta expresión como su rostro. Darryl se acercó a ella.

—Sirva dos copas, Sabine. Quiero celebrar con usted la salida de la cárcel.

—Lo celebrará usted solo —respondió ella fríamente. Le sirvió una copa y se acodó sobre el mostrador, haciendo resaltar las prominentes curvas de su abundante busto.

Grant despachó la copa de un trago. Luego chasqueó la lengua.

—¡Excelente, preciosa! —Y se encaminó hacia el piso superior,

entrando acto seguido en el cuarto de baño.

Apenas había franqueado el umbral, cerró la puerta, echando el pestillo. Corrió hacia la única ventana del baño, un cuadrado de escasamente cincuenta centímetros de lado y la abrió. Alargó la mano, y tanteó la pared hasta hallar un cordel, del cual tiró, izando un bulto que deslió inmediatamente.

La pistola, los cargadores y la navaja de muelles pasaron inmediatamente a su poder de nuevo. Sonrió satisfecho.

—A veces —murmuró para sí—, los viejos trucos dan un resultado espléndido.

Se bañó y se vistió a continuación. Al terminar, y cuando ya se disponía a salir, vio un papel al pie de la puerta. Inmediatamente dedujo que alguien lo había echado por debajo mientras se estaba bañando.

El papel estaba doblado en dos mitades. Lo desplegó. Había escrita en él una sola palabra.

¡VAYASE!

Frunció el ceño. ¿Quién le hacía semejante advertencia?

En aquel momento sonó un ruidito al otro lado de la puerta. Sigilosamente, Grant descorrió el cerrojo. Luego abrió de golpe.

Un individuo se enderezó bruscamente. “Cara de Rata” se puso a mirar al techo.

Grant levantó la vista también. Estuvo así durante unos segundos y al cabo, con amplia sonrisa, dijo:

—Un espectáculo fascinante, ¿verdad?

“Cara de Rata” se puso colorado como un tomate. Farfullando algo entre dientes, se metió como un cohete en el baño. Grant soltó una alegre carcajada y dirigióse a su habitación.

Durmió hasta bien entrada la tarde, manteniendo siempre la pistola al alcance de su mano. Al oscurecer bajó a cenar al comedor.

Sabine le sirvió la cena, mirándole de un modo singular. Grant le dirigió algunas bromas, a las cuales no contestó la joven. ¿Era ella la autora de la nota conminatoria? se preguntó.

Después de cenar, Grant se entretuvo un rato con los dardos. Sentía fijas sobre sí la mayoría de las miradas de los clientes, pero fingió no advertir la hostil curiosidad de que era objeto. Uno de los que más le miraban era “Cara de Rata”, a cuyo lado se sentaba un tipo repulsivo, con una cicatriz en la mejilla izquierda.

A las diez en punto entró el policía, ordenando cerrar la taberna, como era preceptivo. La clientela desalojó el local y Grant, como no tenía cosa mejor que hacer, subió a su habitación, pensando en que Duncan no le había reclamado el pago del hospedaje. ¿Le había dicho

su jefe que le diera cuerda a ver si él mismo se ahorcaba?

Esperó hasta cerca de las doce. Al cabo de aquel tiempo, Grant saltó por la ventana, como noches atrás, y se dirigió a Grover Bay. Pero antes quiso pasarse por “Glenarvan House”.

CAPÍTULO XIII

Esperó unos momentos agazapado en la oscuridad. Al cabo de unos minutos, vio aparecer ante sí una sombra.

—Estoy aquí, Sybil —cuchicheó.

La muchacha corrió hacia él.

—¡Oh, Grant! —exclamó, colgándosele del cuello.

Darryl buscó sus labios. Estaban fríos, pero correspondieron con avidez a su beso. Sintió estremecerse el cuerpo de la joven contra el suyo y redobló la intensidad de la caricia.

—¿Sigues empeñada en rechazar mi ayuda? —preguntó él al cabo de unos momentos.

Ella se mordió los labios.

—Karpee tiene un genio terrible. Si supiera esto... me mataría.

—Pero ¿por qué? —preguntó él, muy extrañado—. ¿Qué es lo que te sucede?

Sybil sacudió la cabeza.

—No, no —susurró en la oscuridad—. Te ayudaré, haré lo que quieras, pero no me preguntas nada más, ¿comprendes?

—En absoluto —respondió él. No insistió; sabía que el tiempo contaba a su favor—. Tengo que darte las gracias por el lanzamiento del cartucho. ¿Tuviste miedo?

—Resultó muy fácil. El pescador que me lo vendió, me facilitó las instrucciones.

—¿Será discreto? —preguntó Darryl.

—Por supuesto. Le conozco desde hace muchos años. Pero, ¿qué es lo que te propones hacer? —quiso saber Sybil, muy inquieta.

—Ya lo verás. Ten un poco de paciencia. Oye, querida, ¿tienes que soportar ineludiblemente a Karpee en tu casa?

Ella agachó la cabeza.

—¿Por qué? O, mejor dicho, ¿por quién? —insistió Darryl—. ¿Acaso por la mujer que gritaba la otra noche?

—No hagas ninguna pregunta, Grant, te lo suplico —murmuró con acento temeroso—. Haré lo que quieras...

—De acuerdo. Ahora, dime, ¿has conseguido averiguar dónde guarda Duncan su motora?

—Sí. Fue una verdadera casualidad, querido. Oí hablar a Karpee de una ensebada llamada Wolf Jaw Bay.

—Bahía de la Quijada del Lobo —repitió él pensativamente—. ¿Hacia dónde cae eso?

—A unos quinientos metros al sur de Grover Bay. Lo reconocerás

enseguida. Forma un saliente que parece realmente la mandíbula de un lobo. Pero está llena de rocas y...

Grant acarició suavemente la mejilla de la joven. Luego la besó tiernamente en los labios.

—Eres una mujer maravillosa y no me importa lo que te pase. Cuando haya terminado con todo, me casaré contigo.

Ella se estremeció. Le miró con ojos llenos de lágrimas.

—¿Lo dices de veras, querido?

—Absolutamente, Sybil.

—Pero... no sabes quién soy, Grant.

—¿Importa eso mucho? —rió él en la Oscuridad—. Me enamoré de ti apenas te vi la primera vez. Entonces me dije: “Grant, si algún día has de dejar de ser soltero, esta es la mujer que lo conseguirá Ella o ninguna”.

Sybil se apretó contra él.

—Me haces inmensamente feliz, querido —murmuró, ofreciéndole de nuevo los labios con vehemente apasionamiento. Estuvieron unos momentos juntos; después, Darryl le recomendó que volviera al interior del edificio.

A continuación, el joven se encaminó hacia el acantilado. Estaba a punto de llegar junto a él cuando, súbitamente, una sombra se irguió ante sus ojos.

El movimiento de su mano fue veloz. Un instante después la pistola surgía a la superficie.

—No dispare, señor Darryl —dijo una voz suave.

—¡Sabine! —exclamó el joven, enormemente sorprendido. Y rehaciéndose, preguntó—: ¿Qué hace usted aquí?

La joven le tomó por los hombros con manos crispadas por el temor.

—¿No recibí mi nota mientras se estaba bañando? —preguntó anhelosamente.

—Sí, claro. De modo que fue usted.

—Sí. Váyase, váyase cuanto antes de Wallyhead, se lo suplico.

Darryl frunció el ceño.

—¿Por qué tiene tanto interés en que me vaya, Sabine?

Ella sacudió la cabeza.

—No me haga ninguna pregunta, señor Darryl —contestó, estremeciéndose con fuerza—. Pero haga caso de lo que le digo. De lo contrario, su vida corre un serio peligro.

—Parece que está usted muy bien enterada de las cosas, Sabine. ¿Quién se lo ha dicho?

La joven volvió el rostro a un lado. Darryl la tomó por el mentón e hizo que le mirase de nuevo.

—¿Tiene Duncan algo que ver con todo esto? —preguntó.

—Por favor —el tono de Sabine era plañidero—. Haga caso de lo que le digo...

—Antes tendrá que contestar usted a mi pregunta ¿Qué tiene que ver Duncan con su aviso?

Sabine temblaba.

—Es mi hermano... y no quiero que le pase nada.

—¿Por qué?

—Es... mientras solo se trató de un contrabando vulgar y corriente... —la joven hablaba con voz entrecortada— no... no me importó. Eso es muy común entre los pescadores de Wallyhead. Pero ahora... ahora...

—Vamos, vamos —dijo Grant—. Sea usted un poco más explícita.

—Es que se trata de mi hermano —se dolió ella.

—Bien, en todo caso, lo único que pretende usted es hacerle un favor. Cuénteme, ¿de qué se trata?

—Ahora —repitió Sabine—, es mucho peor. Gana mucho dinero, pero...

Súbitamente se oyó un golpe sordo. Sabine exhaló un apagado gemido. Se agarró del cuello del joven con ambas manos, al mismo tiempo que se le doblaban las rodillas.

—¡Oh, Dios mío! —se quejó.

Grant se alarmó.

—¿Qué le sucede, Sabine?

Y al tratar de sujetarla por la cintura, encontró en la espalda de ella el mango de un puñal.

Sabine emitió un hondo gemido y se desplomó al suelo. Grant miró en torno suyo.

Una sombra huía a la carrera a corta distancia. El joven se lanzó en persecución del asesino. Mientras corría, sacó la pistola.

—¡Deténgase! —le intimó. El individuo, volviéndose, disparó contra él. También llevaba silenciador.

Grant se detuvo un instante. Luego empezó a hacer fuego con toda la rapidez posible. Los ocho disparos de su pistola salieron en seis segundos, como otros tantos taponazos de champaña.

Se oyó un alarido de muerte, fácilmente confundible con los silbidos del viento. Luego el rumor de un cuerpo que se desplomaba al suelo.

Darryl cambió el cargador con gran rapidez. Tiró de la corredera y colocó otra bala en la recámara. Hecho esto, caminó hacia el lugar donde se había desplomado el atacante.

Dos segundos después divisó un bulto negro tendido en el suelo. Se arrodilló a su lado, tomándole el pulso. El individuo estaba muerto.

Arriesgándose a ser descubierto, encendió una cerilla, apagándola casi en el acto. El resplandor duró apenas un segundo, pero fue

suficiente para que reconociera en el caído al individuo de la cicatriz que había estado bebiendo con “Cara de Rata” en la posada.

El hecho de que fuera seguido no le preocupó en absoluto. Debía esperarlo. Más le preocupaba otra cosa.

Regresó junto a Sabine. La joven agonizaba.

Arrodillado junto a ella, la incorporó un tanto. No quiso arrancarle el cuchillo de la espalda; sabía que era inútil y que lo único que conseguiría, en todo caso, sería precipitar su muerte.

Una racha de viento le arrojó al rostro un pequeño turbión de finísimas gotas de agua. Las olas chasqueaban al estrellarse contra las rocas del pie de los cantiles.

—¡Sabine! —llamó.

Ella abrió los ojos.

—Señor... Darryl...

—¿Cómo se llama el tipo de la cicatriz? Ese que estaba hablando esta noche con “Cara de Rata”.

—Bass, Jonah Bass.

—¿De la banda de su hermano?

Ella asintió con voz imperceptible. Grant se dio cuenta de que se moría a chorros.

—Sí...

—¿Quién es el jefe?

—Duncan... quizá sepa...

—¿Karpee?

El cuerpo de Sabine sufrió una terrible convulsión.

—¡No, no quiero morir! —gritó, arqueando la espalda. De pronto, sus músculos se relajaron y dejó caer la cabeza hacia atrás.

Grant permaneció unos momentos inmóvil.

Se hallaba en un verdadero compromiso. No sentía el menor temor por deshacerse del cuerpo de Jonah Bass, pero le repugnaba lanzar a las olas el de la joven. A fin de cuentas, Sabine había muerto por ayudarle a él... y ayudar también a su propio hermano. ¿Cómo solucionar aquel enojoso problema?

Pronto encontró la respuesta a tal pregunta. Depositó cuidadosamente el cuerpo de Sabine en el suelo y se puso en pie. Encaminándose hacia donde yacía Bass, agarró a este por los pies y lo arrastró hasta el borde del acantilado lanzándolo luego al vacío. Oyó unos cuantos ruidos sordos y luego volvió el silencio.

Después regresó junto a Sabine. Cargó el cuerpo de la muerta sobre uno de sus hombros y se dirigió al sendero.

Media hora más tarde, el cadáver de Sabine yacía en el fondo de la cueva donde Grant tenía escondido el transmisor de radio. La depositó cuidadosamente en el suelo y le cruzó los brazos sobre el pecho.

—Tu muerte no quedará impune —prometió.

CAPÍTULO XIV

—¿Ningún telegrama para mí?

Duncan Mac Clure devolvió sonrisa del joven con una expresión de hostilidad.

—Ninguno, no, señor Darryl.

—¡Caramba! Mi amigo ha debido de irse muy lejos de Londres. En fin —suspiró el joven—. No me queda otro remedio que esperar... contando desde luego, con su amable benevolencia, señor Mac Clure.

Duncan contestó con un bufido. Parecía muy ocupado en sacar brillo a un vaso con un paño.

—¿Y la simpática Sabine? —preguntó Grant al cabo de unos momentos.

—Está en su cuarto. Hoy no se encuentra bien —respondió Duncan secamente.

—Vaya, sí que es una contrariedad —Grant se ajustó el gorro de lana—. Salúdela en mi nombre y dígame que se mejore pronto.

—Gracias —repuso Duncan sin modificar su tono hostil.

Grant encendió un cigarrillo. Luego salió de la posada.

El aire fresco del mar le azotó el rostro de inmediato. Metiéndose las manos en los bolsillos, caminó por las empinadas callejuelas hasta llegar a la cúspide de la pendiente, en donde empezaba el páramo, que se extendía, con suaves ondulaciones, hasta donde alcanzaba la vista.

Por la carretera del sur divisó un ómnibus; era el que hacía el servicio de viajeros entre Wallyhead y Scarborough. Muy a lo lejos, un campesino araba la tierra con un renqueante tractor. Dos mujeres vestidas de negro caminaban con sendos cestos de pescado a la cabeza. A la derecha, hacia el norte, recortándose claramente contra el plumizo telón de fondo de nubes, se divisaba la sombría silueta de “Glenarvan House”.

Caminó por el borde del páramo, procurando evitar los entrantes y salientes que formaba la costa. El mar batía sordamente las rocas de la base de los acantilados. A lo lejos podían divisarse los puntitos negros de algunas barquichuelas de pesca, que aparecían y desaparecían con irregulares intermitencias, según eran agitadas por el incesante oleaje.

Llegó una hora más tarde a Grover Bay. El páramo hacía en aquel lugar una ligera pendiente antes de desplomarse a pico hacia el mar. Aquella ligera inclinación bastaba para protegerte de posibles miradas indiscretas de alguien que pudiera estar observándole desde “Glenarvan House”.

Bajó por el sendero, llegando a la playa en pocos minutos. Pero en

lugar de dirigirse a la cueva, echó a andar por la base de los acantilados, sudando en algunas ocasiones para poder pasar por encima de algún ingente amontonamiento de rocas. La espuma de las olas le mojó en alguna ocasión, mas, pese a todos los inconvenientes, siguió adelante.

Recorrer los quinientos metros que separaban Greyer Bay de Wolf Jaw Bay le costó más de una hora. Él camino era dificultoso y en ocasiones se vio obligado a realizar indudables ejercicios de malabarismo y equilibrio para poder cruzar por encima de algún pedrusco situado en difícilísima situación. Al fin encontró un saliente rocoso que tenía todo el aspecto de la mandíbula de un lobo o un perro de presa.

El agua penetraba con gran fuerza en aquella rada, rompiendo contra una diminuta playa de pocos metros de extensión. El fragor del oleaje era continuo.

Grant se detuvo, apoyando la espalda contra una roca. ¿Por qué le había engañado Sybil? Allí no se veía ninguna canoa.

Meditó unos momentos, rectificando la opinión acerca de la joven. Sybil parecía sincera al darle la información ¿No estaría mejor decir que Duncan había retirado la canoa de la pequeña rada?

Terminó de entrar en la misma. De pronto descubrió una especie de desfiladero de poca anchura, cuyas paredes se juntaban en lo alto, formando como un túnel de gran altura, unos quince o veinte metros. Las paredes del túnel se hundían en el agua.

El mar batía ruidosamente el interior del túnel, levantando fragorosos ecos, contrapuntados por el incesante chillido de las gaviotas que iban y venían, revoloteando frenéticamente. La anchura del túnel en su base era de unos cinco o seis metros y estaba completamente oculto a la vista de los curiosos a menos que se situasen frente a él, al doblar la esquina de la mandíbula, la cual ocultaba dicha entrada por completo.

El fondo del túnel no podía divisarse debido a la oscuridad. Pero después de unos momentos de atento examen, Grant acabó por ver un estrecho sendero en una de sus paredes, la más cercana a la playita. La anchura del sendero era inferior al medio metro y aunque la Naturaleza había tenido buena parte en su construcción, resultaba evidente que la mano del hombre había completado la obra.

Sin la menor vacilación, Grant se adentró por el túnel, utilizando el estrecho sendero. Este, mojado y cubierto de algas en algunos fragmentos, se hacía resbaladizo e inestable, por lo que era preciso caminar con lentitud para no precipitarse en el mar.

A pocos metros de la entrada, las aguas se aquietaban notablemente. De pronto, Darryl divisó una sombra oscura que se agitaba con irregulares movimientos en el fondo del túnel.

Pronto llegó al final del mismo. En aquel punto, el túnel formaba

un recodo casi en ángulo recto, y diez o doce metros más allá, una pared rocosa, alzándose verticalmente a muchos metros por encima de su cabeza, señalaba con rotunda claridad el final de la enorme oquedad.

Había una anilla profundamente incrustada en la pared. Servía para amarrar una potente motora, pintada de negro y armada con dos poderosos motores fuera borda, de 125 caballos de fuerza, sincronizados entre sí y con los mandos instalados en el pequeño puente de la embarcación. El color negro de la misma indicaba claramente el fin a que era destinada: operaciones nocturnas, reñidas con toda legalidad.

Grant saltó a la cubierta, balanceándose ligeramente para mantener el equilibrio. Inmediatamente comenzó un examen exhaustivo de la embarcación.

Estuvo allí durante una hora, al cabo de cuyo espacio de tiempo dio por terminada la tarea, bastante satisfecho de la misma. Sonrió al pensar en el chasco que se iban a llevar Karpee y sus compinches.

Regresó por el mismo camino. Cuando llegó a lo alto del páramo, eran ya las doce del mediodía. Entonces, algo silbó con fuerza, enterrándose en el suelo con sordo choque a sus pies.

Grant se lanzó hacia adelante, girando luego un par de veces sobre sí mismo. De pronto sintió que el suelo le fallaba. No había tenido tiempo de agarrar la pistola, de lo cual hubo de felicitarse más tarde. De este modo pudo contener la caída con ambas manos.

CAPÍTULO XV

En el primer momento, cuando el suelo se hundió bruscamente bajo sus pies, cayó hacia abajo como una piedra. Pero esto duró apenas una décima de segundo.

Extendió las manos instintivamente, agarrándose a un saliente. Algo suave y flexible le acarició el rostro. Cerró los ojos, mientras pendía en el vacío colgado únicamente de las manos.

Contuvo la respiración durante unos instantes. Luego levantó la vista hacia arriba, sin poder ver apenas otra cosa que una difusa claridad, a través de unas ramas de una planta inidentificable por el momento.

La postura forzada empezó a fatigarle. Con sumo cuidado, tanteó moviendo los pies. De pronto encontró un saliente y apoyó en él el pie derecho. Esto le permitió un ligero respiro. Mientras tanto oyó voces por encima de su cabeza.

Miró hacia abajo. Sus ojos se habían habituado ya a la penumbra del pozo en que había caído y pudo divisar bajo él una pequeña plataforma de tierra y roca. Con mil precauciones para no hacer el menor ruido, posó los pies en aquella plataforma, y se encogió sobre sí mismo, sacando la pistola para prevenir cualquier posible ataque.

La plataforma medía apenas un metro cuadrado de extensión y en uno de sus lados se veía una negra abertura cuyo fin no podía calcularse. Darryl notó una corriente de aire que ascendía por la abertura y percibió el olor característico del mar. Frunció el ceño. ¿Tenía aquel pozo una comunicación con alguna de las cavernas de Grover Bay?

Pero no pudo pensar demasiado en ello. Las voces resonaban por encima de su cabeza.

—¿Dónde diablos se ha metido ese bastardo? ¿Acaso es un brujo?
—Karpee estaba que bramaba.

—No lo sé —contestó “Cara de Rata”—. Yo lo vi por estos parajes y disparé...

—Debieras haber esperado un poco más —gruñó Karpee, impaciente—. De este modo no hubieras errado el tiro. ¡Condenación!

Los pasos de los dos hombres resonaron casi por encima de la cabeza de Grant, aunque muy amortiguados por la hierba. Grant miró hacia arriba, sin poder ver nada de particular. La salida de aquel pozo estaba oculta por una serie de plantas sin espinas, parecidas a unos juncos con hojas, que crecían tupidamente en los bordes de la excavación.

—Es preciso eliminarlo antes de tres días —gruñó Karpee—. De lo contrario, nos aguará la fiesta.

—Pero... no estamos seguros de que sea uno de los tipos del Yard, señor Karpee —dijo “Cara de Rata”. Recuerde la explosión...

—Lo sé —gruñó Karpee—. De todas formas, se está entrometiendo demasiado en nuestros asuntos. Que sea o no del Yard, me tiene sin cuidado. Tipos como ese estorban en Wallyhead. Y si no es un policía y lo liquidamos nosotros, así haremos un favor a quienes le largaron en vano el cartucho de dinamita.

Grant se mordió los labios. Su treta no había surtido todos los efectos deseados. Aquella cuadrilla de forajidos eran sumamente desconfiados. Tan desconfiados como para hacer asesinar a la hermano de uno de los de la banda y quedar tan tranquilos, el hermano incluido.

—Se habrá escondido en alguna gruta de los acantilados —dijo “Cara de Rata”.

—Es igual —refunfuñó Karpee—. Yo tengo otro método para liquidarlo. Déjame que lo emplee y verás cómo...

—¿Y qué dirá el jefe, señor Karpee?

—¡Que se chinche! —respondió brutalmente el aludido.

—¡Señor Karpee!

—¡Cállate, maldito! —gruñó Karpee, sumamente irritado—. Lo que diga o deje de decir el jefe, es cuenta mía, ¿estamos? Yo soy el único que se entiende con él y el único que puede dar las órdenes en su nombre. ¿Tan mal te pagamos por tus servicios, “Cara de Rata”?

—No es eso, señor Karpee. Solamente pretendía...

—Deja los consejos para otro. Estoy seguro de que el jefe aprobará mi plan. Y ahora, vámonos.

Darryl se sentó unos momentos en el suelo, fumando un cigarrillo con aire pensativo, mientras desmenuzaba en su interior todo cuanto había escuchado desde el pozo. ¡El jefe! ¿Quién era? ¿Qué misterioso personaje se escondía tras las dos palabras clásicas: “El jefe”? Karpee lo había dicho bien claro: solo él podía entendérselas con el jefe.

¿Sybil?

La sospecha invadió súbitamente el ánimo del joven. ¿Y si ella le había engañado? ¿Y si todo lo que había hecho y dicho era una simple comedia?

El corazón le latió aceleradamente durante unos segundos. De pronto, encontró la solución.

¡La emisora de radio! ¡Si estaba en buen estado, era que Sybil se había portado lealmente con él! En otro caso, si era el jefe de la cuadrilla, el aparato estaría destrozado... o en el fondo del mar.

Tiró el cigarrillo a un lado y se puso en pie, mirando hacia arriba, dispuesto a salir del hoyo. Recordó que antes de precipitarse en el mismo, había rodado en pendiente sobre sí mismo un par de veces.

“Este es el embudo en cuyo borde cayó Sybil”, se dijo de pronto.

Un golpe de aire subió de pronto por el negro hueco que había en el borde de la plataforma. Curiosamente atraído por aquel fenómeno, Grant se arrodilló en el suelo e inclinó la cabeza cuanto pudo.

Un débil rumor llegó hasta él. Era el del oleaje del mar, pero un tanto distorsionado, como si el fragor atravesase primero una cámara de resonancia y luego pasara a través de un conducto angosto.

Encendió una cerilla. La llama se apagó casi de inmediato, pero el corto tiempo que duró el resplandor fue suficiente para que pudiera darse cuenta de la forma en que estaba excavado aquel tubo casi vertical que se hundía en las entrañas de la tierra.

Sus paredes eran cilíndricas, aproximadamente, aunque con muchos salientes irregulares que, calculó, podían permitir un descenso relativamente fácil. Presa su ánimo de una irrefrenable curiosidad, se decidió a emprender la bajada de inmediato.

El descenso puesto que no conocía el terreno, le costó un cuarto de hora largo. Calculó que habría recorrido unos cuarenta o cincuenta metros, habida cuenta de que el tubo seguía una trayectoria inclinada, adentrándose en la tierra. Al llegar al término del mismo, encontró la emisora y la bolsa con las herramientas y utensilios que había traído consigo en el bote.

Durante unos momentos se sintió presa del desconcierto más absoluto. Así, pues, el orificio por dónde se había hundido comunicaba con la cueva donde se había escondido la noche de su llegada.

La longitud de la cueva era de unos veinticinco metros. Puesto que el orificio de salida de la chimenea estaba al borde del acantilado, a cuarenta metros sobre su cabeza, y la misma seguía una trayectoria un tanto inclinada, venía a resultar que la longitud total de la chimenea sería de unos cuarenta y cinco metros. Con habilidad podía escalar y descenderse por ella empleando solamente las manos y los pies; no obstante, era preciso moverse cuidadosamente; una caída desde cualquier punto del interior del tubo podía resultar fatal, debido a las aristas y salientes rocosos del mismo, que destrozarían un cuerpo humano antes de haber recorrido la cuarta parte de la longitud total.

Su primer cuidado, una vez se hubo repuesto del asombro que le produjera el hallazgo, fue examinar la emisora, encontrándola en perfecto estado. Así, pues, Sybil no era el jefe.

¿Quién?

Con este perturbador pensamiento clavado en su cerebro, reemprendió el ascenso por la chimenea. Quería familiarizarse con el terreno por si le era preciso volver a utilizarla de nuevo y, además, evitar ser visto por Karpee y “Cara de Rata” sí, por casualidad, se encontraban buscando por las cuevas y hendiduras del acantilado.

Al llegar arriba, asomó por fuera de las matas, escrutando el terreno

cuidadosamente. No vio a nadie, por lo que, sin pérdida de tiempo, decidió emprender el regreso a Wallyhead.

CAPÍTULO XVI

Cuando llamaron a la puerta de su habitación, Grant se acercó a la misma, manteniendo la pistola tras la espalda con la mano derecha. Abrió una ligera rendija e, inmediatamente, exclamó:

—¡Un momento, por favor; termino de vestirme enseguida!

Corrió al lecho y escondió la pistola bajo la almohada. Luego volvió hacia la puerta y descorrió el cerrojo.

—¡Caramba, míster Darryl! —exclamó Lulú, riendo—. Parece usted muy desconfiado. ¿Teme que lo asesinen?

El joven hizo una mueca.

—Los tiempos que corren son pésimos, Lulú —sonrió—. Oye, ¿sabes que estás preciosa?

Ella se ahuecó el cabello, haciendo resaltar con el gesto las compactas prominencias del busto.

—Usted, que me mira con buenos ojos.

—¿Y quién podría mirarte a la inversa, preciosidad?

—Darryl apoyó una mano en la pared, mientras que con la otra empujaba la puerta para cerrarla—. Tengo ganas de que me envíen el dinero desde Londres, Lulú.

—¿Para qué, míster Darryl? —preguntó ella con coquetería.

Grant se inclinó hacia ella con gesto confidencial.

—Ahora estamos solos, monada. ¿Por qué no me llamas por mi nombre? Entonces te diré para qué quiero el dinero.

Lulú hizo aletear las pestañas.

—¿Para qué, Grant? —preguntó con voz baja, insinuante.

El joven rodeó el talle de la doncellita, sin hallar la menor oposición. De pronto se dijo que Lulú no era tan joven como parecía, ya que en las comisuras de sus ojos se divisaban algunas minúsculas arruguitas, apenas perceptibles salvo para un observador perspicaz. La pequeñez de su estatura, las facciones aniñadas y la vocecilla feble y delgada, contribuían poderosamente a causar aquella sensación de extrema juventud. Lulú ya no cumpliría, probablemente, los treinta años, pero era guapísima y, en todo, caso, se conservaba prodigiosamente.

—Para comprarte el mejor coche que salga de las factorías “Rolls”... y forrarlo de piel de leopardo africano.

—¡Uy, Grant! ¡Pues no va usted aprisa! —contestó la doncellita, coqueteando descaradamente—. Le advierto que sé sostenerme sola, sin necesidad de sus manos.

Grant aumentó la presión.

—Es que... el que no se puede sostener soy yo, por eso me apoyo en ti, preciosa.

Y sin más, la besó contuerza.

Lulú no se mostró remisa en devolver el beso. Tenía práctica, según pudo comprobar Grant con agrado.

Al separarse, ella dijo:

—Esta noche volveré a verte, Grant.

Darryl enarcó las cejas.

—¿Sí?

—Sí. Me han encargado que te invite a cenar en “Glenarvan House”.

—¿Quién ha sido el autor de la invitación?

—¿Quién te figuras que puede ser? —Lulú parecía ahora irritada—. Sybil Glenarvan, por supuesto.

Darryl procuró ocultar la sorpresa que le producía dicha invitación. ¿Por qué realizaba Sybil tal gesto?

Sonrió, disimulando sus preocupaciones.

—Bueno, no tendré otro remedio que acudir. Espero que sepas comprender mi situación preciosa.

—Oh, claro que sí. Al parecer, se ha chiflado por ti. ¿Qué le has dado, Grant?

El joven fingió sorpresa.

—¿Yo? Pero... si no la he visto más allá de un par de veces. Te aseguro que...

—No asegures nada —contestó la doncellita—. Bueno, me marchó; todavía he de disponer todo para la cena —suspiró—. Allí tendré que llamarte otra vez míster Darryl.

Grant la atrajo de nuevo hacia sí.

—¿Por qué no te cobras ahora una ligera compensación, Lulú?

Ella le besó largamente. Al separarse, le miró con fingida severidad.

—Cuidado con las efusiones esta noche en “Glenarvan House”.

Y se marchó.

Darryl encendió un cigarrillo al quedarse solo. Se acercó a la ventana y fumó en silencio, mientras reflexionaba detenidamente.

“Antes de tres días”, había dicho Karpee el anterior, en los acantilados de Grover Bay. Desde aquel momento habían transcurrido veinticuatro horas. Lo cual significaba que solo quedaban dos días para que un nuevo espía fuese desembarcado en Inglaterra.

¿Y el jefe? ¿Quién era?

Sintióse incómodo de repente. ¿Procedía la invitación de Sybil? ¿O la habían forzado a ello, tendiéndole una trampa? Una cosa era evidente: Karpee y los suyos estaban desconcertados, pero, por lo que pudiera suceder, preferían suprimirle. Tentado estuvo de no acudir a la cita, pero ello no hubiera hecho sino aumentar las sospechas de los

forajidos. No, su obligación era aceptar la invitación. Luego vería lo que pasaba.

Al oscurecer bajó de su cuarto a la taberna. Se sorprendió enormemente al ver a una persona distinta en el mostrador. Era Wade, el tabaquero.

—¿Dónde está Duncan? —preguntó.

—Ha tenido que salir —respondió el individuo, evasivamente.

“Una noche para llegar al continente. El día, de espera, y a la noche siguiente, la vuelta con el espía. Perfecto», calculó el joven, lanzando una sonrisa de circunstancias.

Salió de la posada y se encaminó a la oficina de Telégrafos, donde puso un mensaje a su amigo Barton Rupert, de Londres. Volvía a pedir dinero, pero sabía que el superintendente Hamilsham leería lo siguiente:

“Dentro de cuarenta y ocho horas desembarcará espía en Grover Bay. Punto. Yo organizaré comité de recepción. Punto. Sugiero corten retirada banda forma más conveniente.

Fin del mensaje”.

—A pagar en destino —ordenó, a lo cual accedió el telegrafista sin ningún inconveniente.

Acto seguido, emprendió el camino hacia “Glenarvan House”. Cenó en compañía de Sybil y Karpee y luego pasaron a un saloncito para tomar café. El suyo estaba narcotizado.

El narcótico esta vez era muy fuerte y, además, Grant no tenía siquiera el recurso de emplear el mismo medio que la vez anterior. Karpee le cerraba el paso.

Un minuto después dobló la cabeza sobre el pecho y empezó a roncar.

Karpee sacó un afilado cuchillo y se acercó al sillón donde dormía el joven.

Sybil se puso en pie de un salto colocándose delante de Grant.

—¡No! —exclamó con ojos fulgurantes.

—¡Aparta! —gruñó Karpee.

—Escucha, Ronald —dijo la joven—. Si tocas un solo cabello de Grant, tendrás que matarme a mí. Y también a la señora Penderful, porque ninguna de las dos callaremos tu abyecta forma de comportarte.

Karpee refunfuñó algo entre dientes. Luego dijo:

—Te has enamorado de él, ¿no?

—Eso es cuenta mía —contestó Sybil, sonrojándose, con el seno palpitante, agitado por una violenta respiración.

—Tú tampoco saldrías muy bien librada si desata ras la lengua, querida.

—No me importa —respondió ella contundentemente—. Repito que no debes tocarle uno solo de sus cabellos. La señora Penderful sabe todo. Tiene un defecto, pero es buena y no se callaría tampoco.

Karpee jugueteó unos instantes con la navaja. Al fin, dobló la hoja y se guardó el mortífero instrumento.

—Está bien —gruñó—. Pero habrás de permitirme que le ponga en lugar seguro durante cuarenta y ocho horas.

—Muy bien. De acuerdo —concedió la joven.

Karpee le arrojó una mirada llena de perversidad. Luego, agachándose, cargó el cuerpo inconsciente de Darryl sobre su hombro y salió del comedor.

Un horrible alarido sonó de pronto en la casa. Sybil se estremeció.

—¡Maldita...! —renegó Karpee.

CAPÍTULO XVII

Darryl abrió los ojos, sintiendo un fuerte dolor de cabeza a la vez que se notaba la lengua como acorchada. Trató de sentarse, pero le acometió un súbito mareo, debiendo volver a tenderse de nuevo.

Entonces se dio cuenta de que estaba en el suelo de una habitación alumbrada por una sucia bombilla de escasa potencia. Al cabo de unos momentos sintióse un poco mejor y pudo incorporarse sobre sus piernas vacilantes.

Miró en torno suyo. La habitación carecía de ventanas. Las paredes eran de gruesas piedras, algunas de las cuales estaban cubiertas de musgo, debido a la humedad. Había una puerta, pero estaba situada a un par de metros sobre el suelo y para ascender a la misma era forzoso emplear una escalera de ocho o diez peldaños.

Sencillamente, era una mazmorra, carente en absoluto de toda comodidad. Ni siquiera el clásico montón de paja y el cántaro de agua en un rincón. Nada; solo las paredes desnudas y enormemente húmedas en algunos lugares. Y la bombilla en lo alto de la puerta.

Se palpó las ropas. ¿Por qué le habían dejado vivir? Ahora era seguro que sabían que se trataba de un agente del Yard. La pistola y la navaja de resorte habían pasado a poder de Karpee. Solo le habían dejado los cigarrillos y los fósforos. Prendió uno y aspiró el humo.

—También me han permitido fumar —soliloquió.

No tenía reloj, por lo que no podía calcular el tiempo que había pasado desde que fuera narcotizado. Sin embargo y pese al entumecimiento de la posición en que había yacido durante su sueño, se sentía fresco y fuerte. Ello significaba que había dormido durante bastantes horas.

Terminó el cigarrillo y lo arrojó a un rincón. Tenía bastante sed, pero no había nada con qué saciarla. Se dijo que era forzoso resignarse.

Pasó un largo rato. De pronto, oyó un rumor de pasos al otro lado de la puerta. Reflexionó con rapidez.

Recogió la colilla y se la guardó en un bolsillo. Luego se tendió en el suelo, fingiendo continuar narcotizado.

Sonó el cerrojo y luego el rechinar de una llave en la cerradura. Después se abrió la puerta.

No se atrevió a mirar; debía desempeñar su papel con toda fidelidad. El ruido de pasos correspondía a dos personas.

—¿Está dormido? —preguntó una de ellas.

Grant sintió que alguien se le acercaba. El que fuera se arrodilló a su lado y le levantó uno de los párpados. Grant procuró mantener la

mirada fija, sin mover ni un solo músculo, a pesar de divisar, por encima de los hombros de Karpee, la ondulante silueta de Lulú, la pizpireta doncellita.

—Sí —confirmó el forajido—. El narcótico hubiera dormido a una compañía de tanquistas.

—Debieras haberlo liquidado en el acto —dijo Lulú, con acento rabioso—. ¿Por qué no lo haces ahora?

—¡Cállate! —gruñó Karpee—. Yo sé lo que me hago.

—A veces lo dudo —manifestó ella despectivamente.

Karpee se incorporó.

—Escucha, no me ha quedado otro remedio que acceder a lo que me pidió Sybil, por el momento.

—Todavía no has podido arrancarle aquellos documentos, ¿verdad? —murmuró Lulú rabiosamente.

—No. Los tiene bien guardados. Pero en cuanto hayamos pasado el próximo “paquete”, liquidaré a las tres y pegaré fuego a la casa. Estén donde estén esos documentos, arderán con “Glenarvan House”. Y luego, tú y yo...

Grant oyó el suave chasquido de un beso.

—Esta operación nos reportará cinco mil libras de ganancia. Hemos realizado diez más, que junto con lo anterior suman cerca de cien mil. Lo suficiente para que tú y yo podamos vivir como potentados en algún lugar soleado y agradable. ¿Qué te parecería Río de Janeiro, por ejemplo?

—¡Magnífico! ¿Y el resto de la banda?

Karpee soltó una siniestra carcajada.

—Este idiota nos ha facilitado mucho las cosas. Liquidó a Bass y a Barker Sabine está fuera de la circulación también. Solo quedan ahora Duncan y “Cara de Rata”. Verás qué regalito les dejo en la motora.

Lulú rio también.

—Piensas en todo, amor mío.

Y Grant tuvo que dominarse para no expresar su horror por medio de un estremecimiento, ante la sangre fría y el cinismo con que se expresaban aquella pareja de criminales.

—Cuando ya hayamos vuelto de la operación, es decir, antes del próximo amanecer —prosiguió Karpee—, liquidaremos a este idiota y a las otras tres.

—¿Cómo piensas hacerlo?

—Darryl morirá despeñado. Y las otras tres... Bien, sencillamente, sé habrán encontrado con la salida cerrada por las llamas, porque estarán narcotizadas.

—¿También le harás eso a ella?

—Claro que sí. ¿Acaso lo dudas, cariño?

—Espero verlo para terminar de creerte, Ronald. Bueno, ahora

vámonos de aquí. Este sótano parece un refrigerador.

Los dos forajidos se alejaron. Se oyó ruido de cerrojos y luego volvió el silencio al calabozo.

Darryl se sentó en el suelo. Saco cigarrillos y fósforos y se puso a fumar mientras reflexionaba. La primera deducción que hizo fue que era de día y que, al parecer, había pasado la noche entera durmiendo en el sótano. Le quedaban, pues, unas doce horas, aproximadamente, para actuar.

¿Dónde estaba Sybil? ¿Por qué no había dado señales de vida?

Con el cigarrillo colgado de los labios, subió los escalones. Examinó la puerta. Era de madera, muy gruesa, e imposible de forzar por medios ordinarios. Estaba tan seguro allí como en el interior de la caja fuerte de un Banco.

Se paseó nerviosamente. Aquellos forajidos tenían el propósito de suprimirles a todos. De pronto recordó que habían mencionado tres mujeres. El conocía solo a dos: Sybil y la señora Penderful. ¿Quién era la tercera?

Recordó los gritos que había oído en otra ocasión. ¿Sería aquella la tercera mujer? En todo caso, ¿qué misterio se encerraba en “Glenarvan House”?

Aún había otra cosa que no acababa de comprender del todo. Karpee actuaba, como jefe, disponiendo y mandando, con plena autoridad sobre los demás miembros de la banda, en la cual estaba, incluida la pizpireta doncellita. ¿Qué sucedía, pues? ¿Dónde estaba el jefe?

Esto era algo que Grant no entendía por completo. Que existía un jefe era evidente; el mismo Karpee lo había mencionado en alguna ocasión.

A tal respecto, recordó la conversación que este había sostenido con Duncan Mac Clure cuando le creían narcotizado en su cuarto de “El Pez de Plata”. Duncan quería aumentar la tarifa por pasar los «paquetes», en tanto Karpee alegaba que entonces el jefe se buscaría trabajadores más baratos. Y el posadero aludió, incluso, al caso de un protestón que se había encontrado con un cuchillo clavado entre las costillas por haber pedido aumento de “sueldo”.

¿Era el jefe Sybil, a pesar de todo cuanto había hecho por ayudarle? Sus acciones, ¿no estuvieron encaminadas a engañarle desde un principio?

Aquel pensamiento le puso nervioso y empezó a pasear arriba y abajo. Tenía en sus manos los hilos principales que movían a los miembros de la banda, pero no podía tirar de ellos. Al contrario, aquellos hilos eran más bien ligaduras que le mantenían inmóvil, inactivo.

Fumó varios cigarrillos en una hora. Al cabo se dijo que ponerse

nervioso no serviría de nada y se sentó en uno de los peldaños de la escalera. Empezó a pensar en algún posible medio para escapar de allí.

Karpee había dicho que moriría despeñado. Eso significaba que no le pegarían un tiro previamente, sino que lo narcotizarían. Podía evitarlo, negándose a ingerir cualquier bebida o alimento. Pero tal como estaban las cosas, podía suceder que Karpee —o quizá Lulú— se cansara y acababa vibrándole el cuerpo a balazos. No, su primer deber era huir de allí.

Pero, ¿cómo?

Súbitamente, oyó un alarido. El grito llegó hasta el sótano, aunque algo atenuado por la distancia. Era una mujer la que gritaba. ¿Por qué?

El alarido no volvió a repetirse. El tiempo continuó transcurriendo con exasperante lentitud. Por más que lo intentó, no consiguió encontrar un plan viable para escapar de allí. Golpear la puerta con el fin de atraer la atención de Karpee no le pareció viable; el tipo se le aparecería, seguramente, con una pistola en la mano y no le permitiría actuar. ¿Iba a morir indefenso?

Sin darse cuenta de lo que hacía, apoyó la cabeza en el muro y se quedó dormido.

No pudo precisar el tiempo que había estado sumido en el sueño. De pronto se despertó sobresaltado, a causa de un ruido extraño que acababa de sonar en el calabozo.

Se puso en pie, mirando en todas direcciones. De improviso, sintió que la piel se le cubría de un sudor frío.

Un trozo de muro había cedido, en el mismo plano que la puerta de acceso, pero al nivel del suelo, dejando a la vista una negra oquedad de unos dos metros de altura por uno de anchura.

Al fondo de aquel negro túnel divisó una lucecita vacilante sostenida por...

—¡Rayos! —gruñó entre dientes, aprestándose a la defensa—. ¡Solo me faltaba ahora tener que lidiar también con fantasmas!



—¿Quién es usted, Grant?

CAPÍTULO XVIII

No era un fantasma, aunque en el primer momento pudiera dar tal sensación. Tratábase de una mujer vestida con sabanas que le llegaban hasta el suelo, la cual traía en la mano una vela encendida.

La mujer tendría unos treinta y cinco años y estaba sumamente delgada, tanto, que parecía un esqueleto. Los pómulos le sobresalían, amenazando con rasgarle la piel de las mejillas, y los ojos le brillaban febriles en el fondo de unas oscuras cuencas orbitarias. Su cabello, negro, pero no brillante y sí muy descuidado, le caía en largas ondas a lo largo de unos hombros huesudos y angulosos.

Grant tragó saliva. Dábase cuenta de que estaba en presencia de la tercera mujer de “Glenarvan House”. ¿Quién era?

—¿Qué haces tú aquí? —preguntó ella con voz cavernosa.

—Bueno —contestó Darryl con tono chancero—, esperar el autobús no, desde luego.

—Te han encerrado esos malvados, ¿verdad?

Grant asintió, sin perder de vista a la mujer.

—Escucha —dijo esta—. Yo puedo proporcionarte los medios de salir de aquí, pero me has de prometer una cosa.

—Desde luego, señora...

—Karpee, Betty Karpee. ¿Cómo te llamas tú?

—Grant Darryl.

—Muy bien, Grant. Oye, quiero que me ayudes y, en recompensa, yo te ayudaré a salir de aquí. ¿Te parece bien el trato?

—Magnífico —contestó el joven, sin ningún entusiasmo en la voz. Aquella mujer, la esposa de Karpee, aparentemente, no parecía estar en sus cabales—. ¿Qué es lo que tengo que hacer?

Betty Karpee hurgó entre sus ropas y sacó un largo cuchillo, de afilada hoja.

—Matarás a la persona que yo te diga. Luego te dejaré ir, ¿estamos?

Grant alargó la mano para tomar el cuchillo. Pero ella dio un salto atrás, a la vez que sus ojos emitían un vivo relampagueo.

—¡No! —exclamó—. Tienes que jurármelo antes. No quiero que me engañes como han hecho otros. Prometen mucho y luego no cumplen su palabra. Júralo y entonces te dejaré salir de aquí.

“Está loca —pensó el joven—. Loca de remate”.

Levantó la voz:

—Está bien. ¿A quién hay que matar?

Ella le miró recelosamente. Movi6 la cabeza de derecha a izquierda.

—No me fío de ti. Cuando te han encerrado aquí es porque eres un

traidor. Si les has traicionado a ellos, también me traicionarás a mí. ¿Qué prueba me das de que cumplirás tu palabra?

Darryl reflexionó unos momentos.

—Bueno —repuso—, propóngala usted. En este momento no puedo hacer ninguna contraoferta. Aunque —añadió en tono ligero— yo, en su lugar, lo pensaría bien. Sí —alzó, la voz—, aquí está su esposa, señor Karpee.

Ella lanzó un grito de pánico a la vez que volvía la cabeza hacia la abertura por dónde había penetrado en el sótano. Darryl aprovechó la ocasión y saltó hacia la mujer, aterrándole la muñeca armada.

—¡Me has engañado, maldito! ¡Como todos! —chilló la mujer, debatiéndose furiosamente.

La vela cayó al suelo y se apagó, pero quedaba todavía la luz de la puerta.

Grant había recurrido a aquel truco para poder desarmarla. Pero no había contado con que si bien la señora Karpee estaba muy delgada, su misma locura le infundía unas fuerzas prodigiosas.

«Tendré que dejarme de melindres», se dijo. Soltó a la mujer, echó hacia atrás su brazo derecho y luego disparó el puño con todas sus fuerzas, alcanzándola de lleno en la mandíbula.

Betty Karpee cayó al suelo completamente inconsciente. Al caer, las ropas se le subieron hasta bastante más arriba de las rodillas.

¡Diablos! —gruñó el joven, contemplando estupefacto aquellos muslos llenos de diminutas picaduras.

Y en un instante lo comprendió todo. No eran picaduras de insectos, sino las huellas de los constantes pinchazos de las inyecciones de morfina que se propinaba aquella mujer. Betty Karpee estaba drogada hasta la médula.

Compadeció íntimamente a aquella pobre mujer, que hubiera sido todavía muy hermosa, de no haber sufrido en su rostro y en su cuerpo los estragos de la droga. ¿Quién la había empujado a aquella vida de abyección?

Se inclinó al suelo, guardándose el cuchillo en la pretina de los pantalones. Luego encendió de nuevo la vela, dejándola en pie sobre uno de los peldaños de la escalera.

A continuación cargó con el desvanecido cuerpo de Betty Karpee, echándoselo sobre el hombro izquierdo.

Tomó la vela nuevamente y se adentró por aquel pasadizo secreto, cuya existencia, al parecer, era solamente conocida de Betty Karpee.

A seis o siete metros de la entrada había una escalera de caracol, instruida con gruesas piedras. Para Grant, resultaba indudable que Karpee había hablado delante de su esposa, creyéndola inconsciente. Y Betty había ido luego a libertarle al sótano.

¿Significaba esto que Karpee ya no se encontraba en la casa?

—Demonios —rezongó—, cómo se me ha pasado el tiempo.

La escalera terminó bruscamente ante una puerta de madera. Grant la empujó, hallándose en un dormitorio bastante desordenado.

Depositó a la mujer sobre el lecho. Luego volvió la vista hacia el lugar por dónde había entrado viendo que se trataba de un armario que giraba sobre sus goznes. Pensó en algún señor feudal que habría hecho construir aquel pasadizo para sus entretenimientos.

Sacó el cuchillo y se acercó a la puerta auténtica del dormitorio. Escuchó atentamente. No se oía el menor ruido en la casa.

Miró a Betty Karpee. Continuaba desmayada, pero su respiración era sosegada, lo cual le indicó que no había sufrido daño alguno. Sobre la mesilla de noche veíase un relojito. Las agujas marcaban las ocho y cuarenta y cinco minutos. De la noche, según pudo juzgar mediante un rápido vistazo a través de la ventana.

Con infinito cuidado abrió la puerta, explorando el corredor que se extendía ante él. Estaba desierto.

Salió del dormitorio, caminando de puntillas. Se asomó al barandado con toda precaución. El vestíbulo estaba desierto.

El silencio se rompió de pronto debido a un gran golpe, que resonó a poca distancia del lugar donde se encontraba el joven. Grant atiesó todos sus músculos, a la vez que su mano se crispaba en torno al mango del cuchillo que empuñaba.

Al mismo tiempo, le llegó a la pituitaria un olor que resultaba un tanto extraño en aquellas circunstancias. ¡Gasolina!

Miró hacia abajo, sacando más de medio cuerpo fuera del barandal. En el vestíbulo había un gran cubo de metal lleno de gasolina. Sobre el mismo se divisaba una tabla atravesada, en la que había un tazón lleno también de gasolina.

En el centro del tazón se divisaba una vela encendida. Era un truco diabólico para encender el fuego que habría de devorar “Glenarvan House”. Cuando la vela se consumiese, su llama se propagaría a la gasolina del tazón, el cual estaba lleno hasta los bordes. Al arder, parte de la gasolina saltaría fuera, prendiendo a la del cubo. Entonces las llamas se esparcirían por todas direcciones, haciendo arder la casa hasta los cimientos.

Pero había una cosa con la cual no habían contado los asesinos. ¿O sí habían calculado aquel riesgo? Los vapores de la gasolina, sumamente volátiles, podían inflamarse antes de tiempo y...

Bajó la escalera a saltos. Llegó a la vela, la arrancó y la apagó de un soplo, arrojándola acto seguido a buena distancia.

Se apoyó en la pared, limpiándose el sudor de la frente con la manga del pullover. Todavía no acaba de creer que el incendio había sido evitado.

—Por lo visto, esos tipos cambiaron de parecer y querían

achicharrarme vivo en el sótano —dijo, estremeciéndose ante la idea de que primero hubiera muerto asfixiado vivo por el humo del incendio y luego su cadáver habría sido aplastado por los escombros.

Súbitamente recordó el golpe que había escuchado segundos antes de descubrir la gasolina. ¡Sybil!

Subió las escaleras de cuatro en cuatro. Llegó al piso superior y empezó a abrir una puerta tras otra hasta que encontró a Sybil junto con la señora Penderful. Las dos estaban atadas a sendas sillas y además, amordazadas. El ruido que Darryl escuchara se debía a que la muchacha había caído al suelo, en sus forcejeos por desatarse.

Los grandes ojos de Sybil le miraron con expresión suplicante.

Darryl sonrió.

—Estoy aquí, querida —dijo, arrodillándose y empezando a cortar las ligaduras.

CAPÍTULO XIX

La señora Penderful les preparó un pequeño refrigerio. Mientras comían un poco, Sybil explicó a Darryl lo que sucedía.

—Betty es mi hermana, la esposa de Karpee. Casarse con ese miserable ha sido su perdición. La aficionó a las drogas y ahora es tarde ya para curarla.

—Había oído decir que Karpee era viudo —comentó el joven.

—No quería que nadie supiese la desgracia que aflige a mí pobre hermana. Y lo peor de todo es que ella me odia, porque siempre he tratado de curarla. Me mataría si pudiera... pero yo la perdono, porque sé que no es ella la que piensa así, sino las drogas.

—¿Y Karpee?

—Primero empezó con el contrabando de licores. Este le pareció poco remunerativo y luego se dedicó al de las drogas. Tengo documentos que le comprometen gravemente.

—¿Y por qué no has hecho uso de ellos?

Sybil bajó la vista.

—Está mi hermana, Grant —murmuró.

El joven asintió con un breve movimiento de cabeza.

—De modo que os amenazabais y os conteníais mutuamente. Él te amenazaba con divulgar la verdad sobre Betty, cosa que tú no deseabas en modo alguno por vergüenza... y tú le amenazabas con divulgar sus delitos.

—Justamente —el rostro de Sybil se tiñó de rubor, mientras bajaba la vista—. Oh, Grant, quisiera que me comprendieses. Sé... sé que he sido cómplice de un forajido... pero me vi obligada a ello. Lo hacía por mi hermana, créeme.

Grant puso su mano sobre la de la joven. Estaba helada.

—Yo te creo —dijo—. Es más. Gracias a tu ayuda he podido... Pero eso ya lo sabrás más adelante. ¿Sigue Karpee con el contrabando de drogas?

—Creo... que sí —murmuró ella con voz apenas audible.

La respuesta de Sybil dijo a Grant que ella ignoraba por completo las nuevas y más lucrativas actividades a que se dedicaba Karpee.

No obstante, convenía comprobarlo.

—Dime, en los últimos tiempos, ¿han venido desconocidos a esta casa?

Ella sacudió la cabeza.

—En absoluto —contestó con rotundo énfasis—. Precisamente Karpee no quería que entrase ningún desconocido en la mansión.

Grant respiró aliviado. Encendió un cigarrillo.

—Muy bien —dijo—. Y ahora...

Se puso en pie. Ella le agarró temerosamente por un brazo.

—¡Grant! ¿A dónde vas?

—Tengo que hacer —respondió él ambiguamente.

—¿Karpee?

—Sí.

La joven le miró fijamente.

—¿Consideras absolutamente necesario ir en su busca, Grant?

—Querida, estoy aquí precisamente para eso mismo.

—Entonces... eres un agente secreto —dijo ella con voz átona.

—Digamos que sí, querida.

Los hombros de Sybil se hundieron repentinamente.

—En tal caso, me detendrás a mí por complicidad en el contrabando de narcóticos.

Darryl se echó a reír.

—Querida, yo no he venido aquí en busca de traficantes de drogas, sino para destruir una banda de contrabandistas de hombres.

—¿Hombres? —preguntó ella, con los ojos muy abiertos.

—Así es... pero ahora no me queda tiempo para darte más explicaciones. Tengo prisa.

—¿A dónde vas, Grant?

—A Grover Bay. Karpee y sus compinches están allí.

Y sin más, salió de la casa.

Caminó con paso rápido hacia los acantilados, situados a doscientos metros de distancia. Antes de llegar al borde de los mismos, oyó un rumor de pasos a su espalda.

Se volvió, apretando el cuchillo. Una sombra oscura corría hacia él.

Era Sybil, la cual se había cambiado de ropa y vestía ahora un suéter negro y pantalones del mismo color.

La muchacha le alcanzó, jadeando a causa del esfuerzo realizado.

—Quiero ir conti...

Grant le tapó la boca con la mano.

—Está bien —dijo en voz baja—. Pero no hables, no digas una sola palabra o podemos considerarnos perdidos. ¿Está claro?

Ella asintió con un gesto de cabeza. Grant la soltó y reanudó el camino, deteniéndose a los pocos pasos.

—Quédate aquí un instante. Ven cuando te sisee.

Sybil afirmó con un leve movimiento. Grant empezó a buscar a derecha e izquierda, hasta que halló el embudo. Lanzó un siseo y Sybil acudió en el acto.

El mar golpeaba de continuo las rocas de los acantilados. Arriba, en el páramo, el viento aullaba lúgubrementemente.

Grant pegó sus labios a la oreja de la muchacha.

—Sígueme y haz exactamente todo lo que te ordene, ¿estamos?

—Sí, querido —musitó ella.

Grant apartó las matas a un lado, dejando al descubierto la abertura. Se deslizó por ella, alcanzando a los pocos segundos la plataforma.

—Ven, Sybil.

La ayudó a bajar, sujetándola primero por los pies y luego por el tallo. Al encontrarse los dos juntos, no pudo reprimirse y, abrazándola estrechamente, la besó con pasión llena de vehemencia. Ella le correspondió con todo el ímpetu de su fuego amoroso.

—Escucha —dijo él, al cabo de unos segundos—, vamos a emprender un descenso muy peligroso. Yo bajaré primero e iré guiándote, ¿de acuerdo? Procura asentar bien el pie antes de dar el siguiente paso y, sobre todo, agárrate con fuerza a los salientes —suspiró—. Debiera haber hecho contigo lo mismo que con tu hermana.

—¿Qué le has hecho a Betty? —inquirió ella, muy extrañada.

—Ya te lo contaré luego, querida.

Encendió un par de fósforos para que la joven pudiera darse cuenta del pozo que se abría a sus pies. Luego emprendió el descenso.

Llegaron abajo sin ningún daño. El rumor del oleaje les llegó claramente a través del túnel.

—Bueno —dijo él, empezando a hurgar en el cajón de sus instrumentos—, vamos a ver si les asestamos el golpe definitivo.

Sacó la linternilla y la apoyó contra la pared del tubo, pues aún no habían bajado al fondo de la cueva. El débil resplandor permitió a la muchacha ver un extraño casco, parecido al de los mineros, con un gran reflector en el frente, y una pequeña mochila para transportar la batería eléctrica a las espaldas. Grant sacó también unas gafas de grueso cristal oscuro, que colgó a su cuello por medio de una correa flexible.

Se puso el casco y luego se colocó la mochila a la espalda. Ella le miraba en silencio, completamente extrañada.

Grant sonrió.

—Este es un proyector de rayos infrarrojos —dijo—. Su luz no se ve más que a través de unas gafas especiales, estas precisamente. Cuando ponga en funcionamiento el reflector, me situaré las gafas delante de los ojos y así podré ver perfectamente en la oscuridad. Un invento práctico, como puedes apreciar.

—¿Por qué tienes tanto interés en Karpee? —preguntó. Sybil.

Grant le palmeó las espaldas.

—Querida, lo sabrás en el momento oportuno. Ahora...

Salto al suelo de la cueva. Un olor dulzón nada agradable invadió al instante su pituitaria. “Pobre Sabine —pensó—. Mañana enviaré a recoger su cuerpo”.

—Qué olor es ese, Grant? —preguntó ella de repente.

—No te preocupes. Vamos, baja.

Y tendió las manos para ayudarla, a descender al suelo de la cueva.

Luego hurgó en el cajón. Afortunadamente, había traído dos pistolas. Se felicitó por la precaución; Karpee le había despojado de una de ellas, pero todavía le quedaba otra.

En aquel momento, Sybil exhaló un gemido.

—Grant, hay un muerto aquí —dijo, abrazándosele despavorida.

—Es una muerta... —respondió él—. Sabine Mac Clure.

—¡Dios mío! ¿Quién la mató?

—Uno de los compinches de Karpee. Quiso ayudarme y... Bueno, ya no podemos hacer nada por esa desdichada. Vamos, pero, repito, no hagas nada.

Encendió el reflector. No se veía nada, pero al calarse las gafas de vidrio polarizado, todos los detalles se le aparecieron con meridiana claridad.

CAPÍTULO XX

Karpee estaba en la playa, esperando. Tenía una linterna en la mano y la encendió un par de veces. De la negrura del océano le llegó la respuesta.

Grant pegó su boca al oído de la muchacha.

—Tú quédate aquí —dijo.

Y acto seguido emprendió el descenso.

Llegó a la playa en un par de minutos. Se agazapó en una roca, observando todo con perfecta tranquilidad de ánimo. El “pof-pof” del motor de una canoa le llegó a los oídos con claridad, por encima del incesante fragor del oleaje.

Se puso en pie, empuñando la pistola con decisión. Frunció el ceño. ¿Dónde estaba la chica?

Recorrió la playa lentamente con el reflector, tratando de hallar a Lulú. ¿Era esta el jefe?

Lulú no se veía por ninguna parte. Bueno, se dijo, ya la encontraría más adelante. Ahora era Karpee el importante.

La motora apareció en su campo visual. Se acercaba lentamente, sosteniendo el oleaje con las hélices de sus motores. Había tres hombres a bordo. Duncan Mac Clure, “Cara de Rata” y un desconocido. Este debía de ser el agente enemigo.

La motora atracó a la orilla de la playa. “Cara de Rata” saltó a tierra para amarrarla. Luego ayudó al espía a saltar fuera de la lancha.

Entonces fue cuando Grant apareció fuera de la roca tras la cual se había protegido hasta entonces.

—¡Manos arriba todo el mundo o dispararé!

“¡Al diablo las fórmulas legales!”, se dijo.

El espía levantó inmediatamente las manos. “Cara de Rata” se abalanzó sobre la cuerda con ánimo de cortarla.

Grant apretó el gatillo. Sonó un “plop” apagado. El contrabandista lanzó un gemido ahogado y se desplomó con medio cuerpo dentro del agua.

—Obedezca, Karpee —le intimó el joven—. Ya ha visto que no bromeo cuando digo una cosa.

Los dientes del asesino rechinaron.

—¿Quién le soltó, maldita sea?

—Su propia esposa, pero esto no importa ahora. Escuche, Karpee.

—¡La metralleta está inútil, jefe! —gritó Duncan desde el puente de la motora.

Grant sonrió entre dientes. En su visita a la lancha, había revisado

todas las armas que encontrara en su interior, rompiendo las puntas percutoras de todos los mecanismos de disparo.

—Eso ya lo sabía yo —dijo Grant con satisfacción.

—Bueno —agregó—, amigo Karpee, ahora usted y yo, y su amiguito el espía, vamos a irnos a Wallyhead, donde sostendremos una interesante conversación.

—Lo podrán probarme nada —masculló el individuo.

—Yo no lo aseguraría tan alto —respondió Darryl—. Pero, en fin, el pecador es usted, no yo. Está bien, prepárense los dos para emprender la marcha. Den media vuelta, pronto.

Karpee y el espía obedecieron. De pronto, Karpee pegó un fuerte empujón al espía, arrojándolo contra el joven.

Grant apretó el gatillo de modo instintivo. El espía lanzó un feroz aullido y se desplomó al suelo, fulminado por el disparo.

—Ya he cortado la cuerda, jefe —gritó Duncan.

Karpee corrió hacia la orilla. Tenía en la mano una pistola y disparó varias veces contra el joven.

Darryl rodó por el suelo, esquivando los balazos que le dirigía el asesino. Luego se inmovilizó un instante.

Karpee había saltado ya a la proa de la lancha.

Grant pulsó el disparador...

El asesino se estremeció con violencia, a la vez que trataba de llevarse las manos a la espalda. Las fuerzas le fallaron de pronto y cayó de cabeza al agua, levantando un turbión de espumas.

Los motores de la canoa bramaron ensordecedoramente. Grant disparó contra el puente, pero Duncan consiguió dar marcha atrás. Viró con violencia y se lanzó a alta mar, dejando una estela de ruidos atronadores.

Grant se puso en pie, respirando afanosamente. Alguien corrió hacia él, colgándosele del cuello.

—¡Grant! ¡Grant! ¿Estás bien? —preguntó Sybil ansiosamente.

—Sí, querida —contestó él, rodeándole el talle con el brazo.

—¿Dónde estaba Lulú?

Recapitó unos instantes. No, no había habido otro jefe que Karpee... al alimón con la doncellita. Todas las frases del asesino referidas a un misterioso jefe estuvieron destinadas a engañar a sus compinches.

Duncan había tachado a ese jefe, de avaricioso... pero, por lo que Darryl podía inferir, el supuesto jefe solo había existido en la fértil imaginación de Karpee.

Así se cobraba su parte... ¡y la de un jefe inexistente!

“Fue un granuja hasta el fin”, pensó.

De pronto, una gran luz brilló como a seis o setecientos metros de la orilla. Grant apagó su proyector y se bajó las gafas para ver mejor.

La luz procedía del reflector de un cúter del servicio de Guardacostas. El viento trajo hasta sus oídos el bramido de un megáfono intimando al piloto de la motora a detenerse en el acto.

La respuesta de Duncan fue acelerar al máximo. Entonces, el capitán del cúter dio una orden y un “pom-pom” doble, de cuarenta milímetros, entró en acción.

Las detonaciones resonaron claramente por encima del fragor del oleaje. La trayectoria de los proyectiles era claramente visible merced a la estela rojiza que dejaban al surcar el espacio.

A bordo de la motora empezaron a producirse unas cuantas explosiones. Súbitamente, los tanques de gasolina se inflamaron con una gran llamarada. Sonó un enorme trueno y la canoa se desintegró en mil pedazos.

Sybil se apretó temerosamente contra el joven. Grant tenía muy ocupada la mente. ¿Dónde estaba Lulú?

Se imaginaba que alguien debía sacar al espía de la costa. Posiblemente, la misma Lulú. ¿Por qué no estaba allí?

De repente se le ocurrió una idea. Agarró la mano de la joven y echó a correr hacia la base de los acantilados.

—Volveremos por el mismo sitio —decidió.

—Pero hay un sendero —objetó ella.

—Sí. Y con toda probabilidad, alguien esperándonos con una pistola al final del misma. Ven.

Emprendieron la ascensión del cantil. Llegaron a la cueva, la atravesaron y luego se introdujeron en la chimenea.

La subida les costó un cuarto de hora largo. Al cabo, se asomaron al exterior.

Grant paseó el reflector de infrarrojos en todas direcciones. ¡Allí estaba Lulú!

La doncellita se cubría con un impermeable negro, sujetándose los cabellos con un pañuelo oscuro. Miraba incesantemente hacia abajo, como si quisiera taladrar las tinieblas con la vista.

—Espera aquí —susurró Grant al oído de la muchacha.

Sybil asintió. Grant salió fuera del embudo, acercándose a Lulú cautelosamente.

Llegó a pocos pasos de distancia, con la pistola firmemente sujeta en la mano. Lulú no era de fiar.

—¡Lulú! —dijo de pronto.

La doncella se volvió, ahogando un grito de susto.

—¡Darryl! —exclamó.

—El mismo... —respondió el joven—. Dese presa, Lulú. Ha de responder ante la autoridad de complicidad en varios graves delitos.

—¿Y Ronald? —gritó ella con voz que más parecía un alarido.

—Lo siento —respondió Grant significativamente.

Lulú lanzó una maldición. Dio un paso hacia adelante, pero Grant la encañonó con el arma.

—¡Cuidado! ¡La tengo cubierta con una pistola! ¡Karpee también creyó que no iba a disparar; no cometa usted ese error!

—¡Usted lo mató! —dijo Lulú con voz llena de odio—. Lo mató, Darryl.

—La culpa...

Grant se interrumpió bruscamente. Una gran llamarada acababa de brotar en “Glenarvan House”, a la vez que se oían unos gritos aterradoros.

Aquello le distrajo un instante, un breve segundo, tiempo suficiente, sin embargo, para que Lulú diera media, vuelta y echara a correr tratando de escapar.

De pronto le falló el suelo bajo sus pies. Había olvidado que estaba al borde del acantilado y cayó.

El impermeable negro revoloteó durante unos instantes. Lulú exhaló un chillido agudísimo.

Parecía un gran pájaro negro precipitándose al abismo. Se oyó un choque aterrador y los gritos de la doncella cesaron en el acto.

Grant oyó la voz de Sybil a sus espaldas.

Corrió hacia ella, sujetándola por un brazo.

—¡Cuidado! —dijo.

—¡La casa está ardiendo! —exclamó Sybil, horrorizada.

Las llamas envolvían ya el edificio. Grant tomó la mano de la muchacha y juntos echaron a correr.

A mitad de camino la señora Penderful les salió al paso. Gritaba como si hubiera perdido la razón.

—La señora... —jadeó—. Se volvió loca... Aullaba como una bestia... buscando un inyectable de morfina. De pronto vio la gasolina y arrojó una cerilla encendida... ¡Dios mío, ha sido horrible, horrible!

Sybil rompió en sollozos. Grant la atrajo suavemente hacia su pecho.

Estuvieron así unos momentos. Las llamas devoraban el edificio. Pronto oyeron voces; eran los vecinos de Wallyhead que acudían al fulgor del incendio.

Grant se sentía muy cansado. Pero, en cierto modo, satisfecho. Había conseguido desarticular la banda de contrabandistas de espías. Claro que era solo un lado del puente; el otro lado, el del continente, continuaba sin tocar, pero si el puente estaba cortado por la mitad, ¿cómo pasarían los que habían quedado en aquella parte? Eso era labor para otros agentes; él ya había hecho su trabajo. Un buen trabajo, se autoelogió.

El edificio desplomóse de golpe, con tremendo incendio, enviando a lo alto una turbonada de chispas. Los hombres se Wallyhead se sentían

impotentes para realizar algo positivo. De “Glenarvan House” no quedaría el menor rastro.

Grant lo prefería así. Se llevaría a Sybil consigo para hacerla olvidar. Ahora lloraba, tiempo vendría en que reiría.

La marea de sangre había bajado. Pronto empezaría a subir la marea de su felicidad.

FIN

Mikky Roberts
**Una estrella con
problemas**



Precio:
7 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

COLECCION



**PUNTO
ROJO**



Las mejores novelas de
acción, de horror y
de misterio.

Precio: 7' - ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

La radio es una
distracción apasionante
y una buena fuente
de ingresos.

TECNICA AL DIA



Montajes
Reparaciones
Transistores
Frecuencia modulada
Alta fidelidad

Escritos por el conocido radiotécnico

R. J. de Darkness

La mejor biblioteca práctica
sobre radio, TV y cine sonoro

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

COLECCION HISTORIAS

Gran variedad de temas:
Aventuras, Religiosos, Femeninos, Biografías, Infantiles, Cuentos.

Cada volumen incluye 250 ilustraciones que permiten seguir el relato sin leer el texto.

160 títulos publicados. Una completísima biblioteca juvenil para niños y niñas, recomendada por todos los profesores.

La mejor presentación

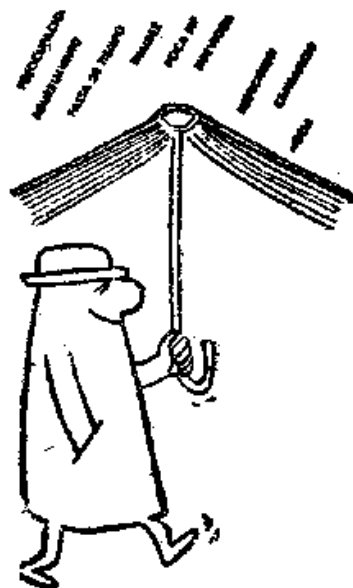
Encuadernación muy resistente con sobrecubierta a todo color, esmaltada. 256 páginas.

El mejor precio: 30 ptas.

DICK TURTLE 2



**Libros prácticos
para el hogar
moderno**



COLECCION
IRIS

**COMO VIVIR 365 DIAS
AL AÑO**

**ARTRITIS Y SENTIDO
COMUN**

EL ARTE DE DESCANSAR

NUESTRO PRIMER HIJO

BAILAR ES FACIL

VIVIR MEJOR

**VIVA EN PAZ CON
SUS NERVIOS**

**COMO ADQUIRIR UNA
SUPERMEMORIA**

INGLES PRACTICO

CONVERSAR Y CONVENCER

FECUNDACION CONTROLADA

**LA CLAVE DE LA
GRAFOLOGIA**

MEDICINA POPULAR

HIPNOTISMO

VIVIR Y CONVIVIR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BOLSILIBROS BRUGUERA

ULTIMOS VOLUMENES PUBLICADOS

PRECIO: 7 PTAS.

COLECCION "PIMPINKLA"

846 — Jaime Burgos
EL DIA DE SU BODA...

COLEC. "MADREPERLA"

741 — Jesús Navarro
NOCHE BRUJA

COLECCION "ROSAURA"

685 — Marisa Villardefrancos
EL RESO ENTRE
LOS BAMBUES

COLECCION "AMAPOLA"

872 — Corín Tellado.
UN FOLLETE EXTRAÑO

COLECCION "ALONDRA"

566 — María Dolores Acevedo
LA ISLA DEL AMOR

COLECCION "CAAMELIA"

447 — María Adela Durango
ROBO EN LA JOYERIA

COLECCION "CORAL"

135 — Corín Tellado
LA NOVIA DE MI HERMANO

COLECCION "CORAL"

241 — Corín Tellado
EN AQUEL VALLE

COLECCION "CORAL"

9 — Corín Tellado
DIABLILLO

COLECCION "DISONTE"

786 — Keith Luger
UN TREN Y LA MUERTE

Col. "SERVICIO SECRETO"

650 — Clark Carrados
MARCA DE SANGRE

COLECCION "BUFALO"

483 — Orland Carr
ACUSADO DE FORAJIDO

COLECCION "TEXAS"

351 — A. Rolcest
POKER

COLECCION "CALIFORNIA"

330 — M. Lafuente Estefanía
LE OBLIGARON A MATAR

COLECCION "COLEGRAO"

275 — Mikky Roberts
LA CALAVERA DE PLATA

COLECCION "KANSAS"

241 — M. Lafuente Estefanía
VIVERO DE LADRONES

Col. "HEROES DEL OESTE"

223 — M. Lafuente Estefanía
EL INFALIBLE JESSE

COL. "ASES DEL OESTE"

193 — Fidel Prado
POR LA PENDIENTE

COLEC. "BRAVO OESTE"

165 — M. Lafuente Estefanía
AHORCADOS EN
LAS VEGAS

COLECCION "PUNTO ROJO"

29 — Mikky Roberts
CARIBE SANGRIENTO

COL. "SELECCIONES S. S."

17 — Donald Curtis
SINIESTRA ESPIRAL

Las obras más selectas, los autores más populares,
la presentación más sugestiva, los hallará siempre
en las Colecciones de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Mora la Nueva, 3 - Barcelona

Hipólito Irigoyen, 646 - Buenos Aires

**FIRMAS QUE REPRESENTAN A
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
EN LOS PAÍSES QUE SE CITAN**

REPUBLICA ARGENTINA: Editorial Bruguera Argentina
SAFIC, Hipólito Yrigoyen, 646/56 - BUENOS AIRES.

BOLIVIA: Alfonso Tejerina Cortez, Comercio, 1973 - LA PAZ.

COLOMBIA: Editorial Bruguera Colombiana, Ltda. Carre-
ra 6.ª núm. 13-78 - BOGOTÁ.

COSTA RICA: Carlos Valerín Sáenz y Co. Ltda. - Aparta-
do 1.924 - SAN JOSE.

CHILE: Distribuidora Rutas, Ltda. - Galería Imperio, 355-B-
SANTIAGO.

DOMINICANA: Librería Amengual - El Conde, 40 - SANTO
DOMINGO.

ECUADOR: Librería Selecciones, S. A. Benalcázar, 543 y
Sucre - QUITO. Librería Selecciones, S. A. - Aguirre, 717
y Beracá - GUAYAQUIL.

GUATEMALA: Gilberto Morales - 12 Calle número 5-43
GUATEMALA.

MEXICO: Editorial Itzacsihuatl, S. A. - Avda. Uruguay, 17
MEXICO.

PANAMA: Servicio Continental de Publicaciones, 29 Este,
número 5-51 - PANAMA.

PARAGUAY: Adolfo N. Buzó - Estrella, 138 - ASUN-
CIÓN.

PERU: "Iris, S. A." Egón Rosenfeld - Jirón Moquegua, 326
LIMA.

PUERTO RICO: Matías Photo Shop - 200 Fortaleza St. - SAN
JUAN. (Para bolsilibros).

SALVADOR: Abelardo García Gandía - 15.ª Calle Orien-
te, 243 - SAN SALVADOR.

URUGUAY: Domínguez y Espert e hijos - Paraguay, 1.485
MONTEVIDEO.

VENEZUELA: Distribuidora Continental, S. A. - Ferren-
quín a la Cruz, 178 - CARACAS.



Martha Hyer

N.º 1533

Nació el 10 de agosto de 1929 en Fort Worth, Texas. La hemos visto, entre otras, en "Himno de batalla", "Un mayordomo aristócrata", "Como un torrente", "El embrujo de París", "Sabrina" y "Cintia".



EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

MORILLAS NUEVAS, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 7 pts. * Impreso en España - Printed in Spain

Notas

[←1]

Military Intelligence número cinco. *Departamento de Contraespionaje de Scotland Yard.*